

BABEL

Revista de Arte y Crítica

*Una visión más elevada
del nuevo mundo*

ENERO - FEBRERO 1945

SUMARIO:

<i>James T. Farrell</i>	EL LENGUAJE DE HOLLYWOOD
<i>Enrique Espinoza</i>	¿RESISTENCIA O SUMISIÓN?
<i>Manuel Rojas</i>	ANTÓLOGOS Y ANTOLOGÍAS
<i>González Vera</i>	CERTIFICADO DE SUPERVIVENCIA
<i>José Pedroni</i>	GAUCHO (poema)
<i>John Dos Passos</i>	CARLO TRESCA
<i>Lain Díez</i>	LA NUEVA ALEMANIA

Santiago **25** *de Chile*

ADVERTENCIA

UN EXCESIVO ATRASO EN LA FABRICACION DEL PAPEL NOS HA IMPEDIDO HACERNOS PRESENTE DENTRO DE LOS DOS PRIMEROS MESES DEL AÑO EN CURSO. A FIN DE NO PERJUDICAR LA CONTINUIDAD DE LA REVISTA, ESTE NUMERO LLEVA SIEMPRE LA FECHA CORRESPONDIENTE A ENERO-FEBRERO.

EDICIONES "CULTURA"

COLECCION

NOVELISTAS CONTEMPORANEOS DE AMERICA

VOL. I

MUERTE EN EL VALLE
por Bernardo Kordon

Uno de los más significativos valores de la nueva novela argentina en una fiel y recia interpretación de Santiago.

Edición de lujo \$ 25

VOL. II

LOS HOMBRES OSCUROS
por Nicomedes Guzmán

Uno de los poquísimos escritores de Chile que se han enfrentado a la angustia nacional a través del heroico padecimiento del pueblo.

3.ª Edición de lujo \$ 25

LA EDITORIAL "CULTURA"

atiende pedidos directos:

Huérfanos 1165 - Casilla 4130 - Santiago

BABEL

Revista de Arte y Crítica

Director: ENRIQUE ESPINOZA

Comité asesores: MANUEL ROJAS, LUIS FRANCO,

GONZÁLEZ VERA Y LAÍN DÍEZ

Gerente: MAURICIO AMSTER

1945

Santiago de Chile

VOLUMEN VI

RESISTID MUCHO, OBEDECED POCO

A LA OBEEDIENCIA INDISCUTIDA SIGUE EL ESTAR

PLENAMENTE ESCLAVIZADO. / UNA VEZ PLENAMENTE

ESCLAVIZADO, NO HAY NACIÓN, NI HAY CIUDAD,

NI HAY ESTADO EN ESTA TIERRA QUE RECobre

DESPUÉS SU LIBERTAD.

WALT WHITMAN

James C. Farrell

El lenguaje de Hollywood

En América se ha desarrollado una tremenda cultura comercial como sustituto o algo así de una cultura genuinamente popular, genuinamente democrática, capaz de recrear y comunicar cómo vive la masa del pueblo, su sentir acerca del trabajo, del amor, del placer, del sufrimiento y de la muerte. Esta cultura se ha convertido en un gran negocio. Ha capitalizado cientos de millones de dólares, rinde muchos millones por año de ganancia y emplea miles de hombres y mujeres a quienes paga millones adicionales en sueldos y salarios. Algunas veces sus apologistas y propagandistas exaltan, orgullosos, dicha obra "cultural"; otras, en cambio, afirman que aquella industria no produce sino entretenimiento. Pero dejemos de lado cualquier equívoco. Los productos de tal industria (películas, canciones, comedias radiales, óperas pomposas, dibujos animados, etcétera) copian imágenes de la vida, comunican sentimientos, por vulgares que sean, corporizan ensueños, fijan ideales, comprenden e ilustran actitudes morales, crean gustos que, a su turno ejercen influencia en el modo de juzgar las cosas; en resumen, directa y objetivamente, por la sugestión, el sobreentendido, la fábula, el cuento, dictan a grandes masas humanas cómo y qué deben creer. Si el cumplimiento de tales funciones se describe como algo que no se parece a lo cultural, entonces se adultera inexcusablemente el prístino significado de las palabras.

Por lo común, el debate concerniente a estas industrias —y muy especialmente a la del cine— se refiere al problema del valor comercial frente al valor artístico. Los críticos de la industria cinematográfica alegan generalmente que las películas no son bastante artísticas; sus adversarios replican que lo son hasta donde pueden serlo, teniendo en cuenta que se producen para obtener dinero. La pretensión de que el objeto de las películas es el esparcimiento sirve para justificar el hecho simple y admitido de que el propósito fundamental de los estudios cinematográficos es producir dinero. Una razón muy frecuente para el rechazo de muchos libros y originales en los estudios cinematográficos y en las oficinas de los editores y productores teatrales se reduce a que no prometen ganancia.

Todo esto es de conocimiento común. Nadie duda de que las consideraciones comerciales juegan un papel decisivo en estos campos.

Las leyes de la producción mercantil han gobernado asimismo la producción y distribución de lo cultural desde que la sociedad burguesa suplantó al feudalismo. La caída de la sociedad feudal y el advenimiento de la sociedad burguesa hizo que el sistema de producción mercantil reemplazara al sistema de patrocinio en el campo de la cultura. Si es cierto que muchas grandes obras de arte del pasado no fueron producidas y vendidas como artículos, no es menos cierto que corrieron la suerte de tales. Lo vemos en la literatura. La mayor parte de los grandes artistas literarios de los últimos siglos escribieron sus obras con la idea de que se venderían como artículos de primera necesidad. Es el caso de Balzac, Dostoievsky, Tolstoi (hasta que renunció a sus derechos de autor) y de muchos otros. La mejor literatura de nuestro propio tiempo es también expedida en igual forma. Por tanto, con ser verdad que las leyes de producción y distribución mercantiles juegan un papel decisivo en la producción y distribución de las obras culturales, el análisis del modo cómo estas leyes operan debe ser hecho en términos específicos de tiempo, condiciones y períodos. Muy poco ganaremos en comprensión con la sola protesta en abstracto contra los efectos dañinos del capitalismo en la cultura en general. El arte que llamamos bueno, lo mismo que el que llamamos malo y el que llamamos falsificado, véndese por igual en el mercado. Debido a causas económicas fundamentales un hecho de la más profunda significación ha ocurrido en la cultura americana, ésta se ha visto invadida por el capital financiero. La cultura comercial americana pertenece hoy al capital financiero como campo de operaciones.

La industria cinematográfica está dominada por unos cuantos estudios gigantescos; en la radio pasa lo mismo. El éxito del *Reader's Digest* y las publicaciones de Luce [*Life*, etc.] revela el triunfo de una tendencia idéntica en el periodismo. Hay que señalar algunas consecuencias de este hecho. Aunque paradójico en apariencia, es verdad que cuánto más grande es una empresa productora para el consumo general, más depende de la buena voluntad. La ganancia de los grandes negocios se ve afectada vitalmente por la disminución del provecho parcial; mientras más unidades de un artículo se venden, más bajo es el porcentaje de ganancia por unidad. En la medida que cae el nivel del provecho y aumenta el volumen de ventas, hay una imperiosa necesidad de agrandar el mercado. Por tanto, es preciso el fomento y la reten-

ción de más y más buena voluntad. Aquí se ve la razón principal por qué un estudio de Hollywood puede permitirse menos libertad para tratar un argumento que un productor de Broadway. Este a su vez puede permitirse menos libertad que un editor de libros. Cuanto más grande sea nuestra industria cultural, mayor será el número de restricciones que ha de imponerse al elegir y desarrollar los temas. También, de no mantenerse su costo de producción, el nivel de provecho, repetimos, cae. Estas necesidades de la economía dominan todo el resto. Las inclinaciones, los gustos de los hombres que manejan tal industria deben armonizar con aquéllas. Un productor puede ser más sincero, más artista que otro; pero todos deben adaptarse. Todos deben trabajar dentro de este sistema, que permite, a decir verdad, muy poca intervención del gusto, la iniciativa y la experiencia personales. Un acto de audacia y de intrépida honradez puede costar un millón de dólares. Si esto mismo lo intenta un editor de libros, resulta más soportable porque los riesgos son menores. Los que manejan los estudios son realmente los grandes capitalistas. Ellos piensan y actúan de acuerdo con sus intereses de clase. Es locura esperar que produzcan buenamente un arte (al punto de perder dinero en ello) que ponga en peligro sus intereses de clase. El arte honrado es con frecuencia una amenaza en este sentido. Lo que significa una doble restricción en el carácter de la producción cinematográfica. Fuera de prometer ganancia una película, no debe amenazar seriamente los intereses de clase de sus propietarios.

Las genuinas obras de arte tienen algo nuevo y personal que decir. Revelan aspectos inéditos de la vida, del sentimiento humanos. Nos dan conciencia de lo que antes permanecía oculto, escondido, para nosotros. Asimilarlo es penoso, difícil; debemos hacer un esfuerzo, aumentar nuestra capacidad de sentir y de pensar. El crecimiento y la asimilación son casi siempre, penosos, exigentes. Nos obligan a cambiar y a resistir la fuerza de la rutina. Es un axioma que dentro de una falsa cultura el arte falso encuentra generalmente una aceptación más rápida que el arte genuino. Y como lo ha hecho notar con agudeza, Carlos Marx, el capitalismo vive para el momento. El tiempo requerido para la asimilación de películas nuevas, más honestas y más reveladoras tiene que ser demasiado largo y durante ese período habría que afrontar grandes pérdidas.

Una que otra vez puede suceder que se produzca una buena película. Pero esto es excepcional y a menudo casual. Comúnmente se producen malas películas. He aquí el por qué. La ambición de los estudios es obtener el dinero invertido además de

los intereses y la ganancia. Si la inversión, los intereses y la ganancia permiten a los estudios producir gran arte, entonces y *sólo entonces* lo harán; de lo contrario, el valor artístico, el valor real de las películas es y seguirá siendo puramente secundario. Para ser un hombre de negocios con tal sistema es preciso hacer lo que exigen los negocios. Para ser un artista hay que tener en cuenta las exigencias y responsabilidades que impone el arte. Un artista debe ser sincero, honrado, claro, y poner en el trabajo su propia vida y su máximo esfuerzo. Un hombre de negocios debe limitarse sólo a ellos. Q. E. D.

Mi análisis puede extenderse hasta comprender la relación económica que juega un papel importante dentro de la industria cinematográfica lo mismo que en otros campos de la cultura. Uso aquélla sólo como ejemplo. Hollywood no es una causa, es una consecuencia. Y revela inclinaciones que obran ahora en la cultura americana con tal relativa pureza que me sirve como ilustración luminosa de lo que quiero decir. El advenimiento de Hollywood en el campo cultural es un fenómeno semejante al del triunfo de la producción mecanizada durante la revolución industrial. Muchos oficios y artes distintos se juntan bajo un mismo techo en los estudios para la producción en serie. Y esto demanda una enorme inversión de capital. En otras palabras, encontramos la división del trabajo; es decir, el método social de producción para el provecho particular. Pero quienes contribuyen a esta producción (salvo raras excepciones) no la dominan. Pierden su independencia como artistas y artesanos para convertirse sólo en empleados. Su relación económica es, por tanto, trastornada. Por ejemplo, muchos escritores se vuelven meros asalariados. Cierzo que su salario es por lo general fantásticamente más alto que el de los obreros industriales; pero éste no es aquí el factor decisivo. En sentido económico muchos escritores tienen respecto de sus contratantes la misma relación que los obreros respecto de sus patrones. Así como los segundos venden su capacidad de trabajo, los primeros venden su talento y experiencia. Reciben, pues, un salario. El empleador se reserva todo el control sobre el producto de su trabajo. En consecuencia, el escritor sufre la misma estrangulación, el mismo enajenamiento que el obrero fabril. Es desposeído, enajenado del dominio de sus medios de producción y de su producto.

Y tiene un carácter especial esta alienación del escritor. Su verdadero medio de producción es su experiencia, sus sentimientos, los anhelos que nutren su trabajo, su manera de ver la vida; dicho de otro modo, su verdadero medio de producción es su alma. Esto

es lo que vende. Dada su dependencia económica, el escritor sólo puede escribir lo que siente y desea si su empleador se lo permite. No es él quien lo determina.

La cultura, el arte, es el medio más poderoso que ha inventado la humanidad para preservar la conciencia del hombre civilizado. Expresa y comunica aquello que es más importante en la vida humana —la vida interior del hombre. Pero en este caso el escritor que hace de artista, que ostensiblemente es el creador, vende su propia capacidad de creación como una mercancía. Hay una clara diferencia entre la creación libre a causa de una necesidad interior y la venta de lo creado. Así como entre la venta de la facultad creativa y el producto de esa creación. El escritor sólo puede expresarse a sí mismo cuándo sus necesidades, sentimientos y actitudes íntimas coinciden con las demandas de su empleador. Hemos revelado ya en este análisis la naturaleza de estas exigencias. En tales condiciones la creación libre no es un acto consciente de la voluntad más que por accidente o coincidencia. Aceptado esto, no es accidental que tantos escritores de Hollywood una vez acostumbrados a su trabajo revelen un retroceso de su conciencia. Al escribir no pueden volcar todas sus inquietudes y emociones. La mayor parte de su trabajo se reduce a un carpinterismo literario. Están encadenados. Y la conciencia encadenada se hace retrógrada. He aquí la verdadera situación. He aquí la mecánica esencial que convierte a los artistas en simples proveedores de esparcimiento. Que cada cual haga lo que pueda en esta situación, de acuerdo con su capacidad, su visión moral y lo que anhela en la vida para él y sus camaradas.

Así como hay una gran inversión de capital en la producción de esta industria, lo hay también en su distribución. América (y el mundo entero en verdad) están atiborrados de cinematógrafos que deben rendir ganancias e intereses. En muchos casos están organizados en cadena. Tomados en conjunto forman una boca enorme y voraz clamando por mercancías para consumir. Y es preciso alimentarla. Es preciso que siga funcionando; es preciso que los clientes acudan continuamente a la taquilla. Los estudios deben proveer. Si se detuviera este flujo de mercancías la banarrota se haría sentir. Esta necesidad más que ninguna otra condiciona la pauta de producción en los estudios. Gigantescas sumas de capital están ligadas a la estructura total de la industria. En consecuencia deben desarrollar el mercado más amplio posible. Lo que quiere decir que necesitan contar con el mayor público posible. Y un público así sólo puede ser muy heterogéneo, compren-

der todas las edades y todos los niveles emotivos y mentales. Es el único público capaz de hacer sobrevivir esta industria. No hay tiempo que perder para la educación de su gusto. Sería demasiado costoso. Hay que producir mercadería ordinaria teniendo en cuenta el común denominador mental y emocional más bajo del público. La mercadería ordinaria en arte producida de esta manera y de acuerdo con tales exigencias, significa generalmente un arte deforme. He aquí la razón decisiva por qué las masas del pueblo norteamericano "necesitan" tanto "entretenimiento" de Hollywood.

Hoy la industria cinematográfica está más necesitada del dinero de las masas norteamericanas que éstas de su entretenimiento. De ahí el constante bombardeo de la propaganda de Hollywood cuyos anuncios casi anulan la inteligencia y la sensibilidad de la nación. Hollywood debe hacerlo para encajar al público lo que se propone. Este no puede elegir directamente. No se le ofrece alternativa exacta. En general, debe elegir una entre varias películas absurdas o ninguna. Cuando la elección es tan restringida carece de sentido argumentar que el público obtiene lo que desea. Las contradicciones que observamos en la industria cinematográfica son también visibles en la sociedad norteamericana en su conjunto. Las condiciones de la vida americana forman personalidades truncas, alienadas, cosa que ha llamado la atención de más de una generación de sociólogos, estadistas, psicólogos, jueces, luchadores sociales, etc. Las condiciones para ganarse el pan en esta sociedad crean al hombre moderno que se autoenajena.

Son estas condiciones las que explican la necesidad a veces febril de una entretenimiento que tan repetidamente presenta los mismos ensueños, las mismas fábulas pueriles de éxito y felicidad.

A tal punto está vacía la vida íntima de los hombres, que necesitan llenarla del ansia y del consuelo que traen estas quimeras de una gente feliz y sana, que siempre obtiene éxito. Así se forman los gustos. Cada vez más desprovistos de alternativas para elegir, las masas americanas se han habituado al tono de las películas. Estas se han convertido, por tanto, en un hábito social.

La mayor parte de las películas enervan en vez de animar. Distraen a las masas del pueblo de una comprensión más clara de sus verdaderas necesidades, morales, estéticas y espirituales. En otras palabras, las distraen de aquello que constituye verdaderamente el problema importante de la vida. Así le ofrecen lo que William James llama agudamente "una vacación moral". Las vacaciones morales son necesarias; pero cuando una nación se concede tantas vacaciones morales, tenemos un problema social que

afrontar. La brecha entre la realidad de la vida de nuestro tiempo y el modo que aparece representada en la pantalla es muy amplia. Sin embargo, las masas populares no solucionan sus verdaderas necesidades sólo con verlas resueltas en las películas.

Ahora está claro que esta cultura comercial es una válvula de seguridad. Aquí ofrezco, en lugar de los conceptos, apologías y teorizaciones de tal cultura, una idea distinta en dirección a lo que debería ser. Hay que crear esos estados de conciencia, ese conocimiento de sí mismo, de los demás y del mundo, que ayuda a hacer mejor a la gente y la prepara para hacer mejor el mundo.

Las películas de Hollywood logran generalmente el efecto contrario. La mayoría hace a la gente menos consciente o falsamente consciente. En ese sentido digo yo que las películas de Hollywood no cumplen las verdaderas necesidades culturales de las masas populares. Porque, a decir verdad, para intentar de modo acabado esto no sólo es preciso enfocar aquéllas como fueron en el pasado o cómo son ahora, sino cómo podrían ser; se debe establecer una premisa sobre su gran potencialidad. En otras palabras, debe pensarse en términos tanto del futuro como del pasado y del presente. Esta premisa es esencial si se tiene un ideal de cultura verdaderamente humana, verdaderamente libre. En esto reside, después de todo, el gran ideal de cultura, libre, humana y socialista según Federico Engels, cuando hablaba del paso posible de la humanidad del reino de la necesidad al reino de la libertad.

El contenido de las películas es tan familiar que no es preciso analizarlas muy detalladamente. Por lo general, los valores que exaltan son los del craso individualismo. Las lecciones que inculcan son aquéllas en que está implícita la idea de que el mundo que tenemos y hemos tenido, es el mejor de los mundos posible. Las máximas cualidades encarnadas por los héroes de las películas son las del pionero más aquéllas del presente que están de acuerdo con la práctica, norma y hábitos de la América burguesa o que por lo menos no los contradicen. El pasado se recuerda con acentos de suave nostalgia; el presente es glorificado. El futuro se promete como algo no muy distinto. De hecho toda la historia desfila por la pantalla como una maravillosa fábula. Por otra parte, las películas encarnan a menudo en su propio contexto una especie de argumento visual e ilustrativo de que su objeto es la entretenimiento. La confianza que a este respecto se deposita en ella es de suyo una entretenimiento. A veces se atribuye a los héroes y heroínas una nueva función social que hace pensar en cierto cambio en el contenido de las películas. Sin embargo, esto no pasa

de la superficialidad y los héroes y heroínas siguen siendo tan absurdos como antes.

Pero no hay cambio esencial en la norma o en la moral o en sus implicaciones. Lo que caracteriza a casi todas las películas de Hollywood es su vacío interior. Esto es compensado por una fastuosidad externa. Dicha fastuosidad toma en ocasiones la forma de un grandioso realismo al modo de Belasco. Nada se ahorra en los escenarios, los trajes, los detalles superficiales todos. Tal esfuerzo ayuda a ocultar el vacío esencial de las caracterizaciones, lo absurdo y trivial de la trama. Las casas parecen casas, las calles parecen calles, la gente mira y habla como gente; pero carecen de humanidad, objeto y convicción. Demás está mencionar a la infeliz censura como factor importante para determinar el contenido de dichas películas. Su código no va contra el provecho y el concepto de entretenimiento de las mismas. Sólo ayuda a impedir que sean convincentes. No es así una carga difícil para la industria. Junto a la fastuosidad de los escenarios hay que añadir el uso de la cámara que a veces llega a ser mágico. Pero ¿qué importancia humana tiene toda esta técnica, todo este esfuerzo, toda esta energía para producir efectos si el argumento, la representación de la vida es vacía, estúpida, trivial y pueril? Porque una gran masa de gente ve estas películas se las llama democráticas. Tienen, es claro, un carácter democrático; pero sólo formal. Utilizan generalmente el lenguaje común; un embajador se conduce como un Pepe cualquiera; las heroínas son muchachas pobres y a veces se casan con hombres ricos; no faltan los discursos de propaganda en los que se alaba locuazmente al hombre común, a la democracia y a las masas. La introducción de estas notas democráticas es un modo adicional de ocultar el verdadero contenido de las películas; son meros recursos para glorificar el *status quo*.

Admitido esto, a veces se produce una película extraordinaria, distinta de las que analizamos. No hay que olvidar que una vez vimos una película llamada "El delator". Pero ¿justifica una o diez películas así el número excesivo que las contradicen? Podría preguntarse a un teólogo: si un hombre roba dinero y usa parte de él para hacer oficiar misas por las almas condenadas al purgatorio se redime de toda culpa por su robo.

Decir que Hollywood se justifica porque de vez en cuando hace una película como "El delator" equivale a perdonar el robo porque parte de su producto se ha destinado a salvar a las almas del Purgatorio. Remito a quienes sostienen esto a los teólogos capaces de mostrarles lo que hay de falso en su argumentación. Y asimismo encuentro falso decir que las malas películas son ne-

cesarias para obtener dinero con que hacer películas buenas. En verdad, la razón de que esto suceda, cuando sucede, se debe a la organización social de la industria, según lo tengo dicho.

Toda esta cultura falsificada no es sólo obra de Hollywood. La mayor parte de lo que nos ha dado proviene de tendencias anteriores a su aparición en la escena cultural. En verdad, fuera de su tecnicismo ha inventado muy poco. Ha usado el grandioso invento del cine para repetir la mayoría de las historias vulgares que se han impreso hace mucho tiempo en los magazines comerciales. La mayoría de sus chistes fueron familiares a nuestros padres y quizá a nuestros abuelos. La significación de Hollywood está precisamente en que constituye un claro ejemplo del desarrollo de una cultura comercial en la época del capital financiero. Debido a su dimensión, riqueza, capacidad para interesar a la gran masa, su influencia en el campo de la cultura es preponderante y sobrepasa en mucho a la cultura comercial cuya heredera es.

Desde hace años su profunda influencia se ha observado en el drama y la novela. En la actualidad las novelas se venden como argumentos antes de ser escritas. Es fácil imaginarse lo que deben ser la mayoría de tales libros; pero si se desconfía de la imaginación, basta leer a Louis Bromfield. Otra influencia notable de Hollywood en la novela es el estímulo que presta a una especie de realismo recocado, imitador del otro serio; pero sin ninguna profundidad, sin la menor protesta íntima contra el mal, sin esa revelación de la mecánica y de la estructura social, que percibimos en el realismo serio. Ilustran esta tendencia libros como *The Postman Always Rings Twice*. La influencia de la industria cinematográfica se observa asimismo en otras muchas direcciones. Por ejemplo, en la dispersión del talento, en su encadenamiento; en el retroceso, en suma, de la conciencia, que ya he comentado.

Una gran parte del talento literario americano se siente ahora solicitado por Hollywood y por la radio. En muchos casos resulta inevitable. Pues con el éxito de estas industrias la situación de los escritores se ha vuelto tal que la venta de los libros sólo alcanza para sostener a unos pocos. Y después de todo, el talento acude allá donde dan más. Pero, un escritor no representa sólo el talento individual; representa un conjunto previo de obra social que ha hecho posible el desarrollo de su talento. Esta obra social se ha llevado a cabo igualmente en América para el desarrollo del talento literario. Sin embargo, éste en vez de pagar con una labor honrada dicha obra social que le permitió desarrollarse, se malgasta y quema en escribir argumentos. Lo que significa una pér-

dida social positiva. Y apenas puede dudarse de la correlación existente entre el éxito de esta cultura comercial y la pérdida del vigor estético y moral de tanta producción contemporánea. No puede ser otra la consecuencia cuando el talento es encadenado y vendido como una mercancía, cuando el público es dopado y cuando el gusto es confundido y hasta depravado.

La cultura de una sociedad no ha de considerarse como un mero adorno, pasatiempo o entretención. Es vida, conciencia y sentido de la sociedad. De no llenar estas condiciones se aleja cada vez más de las raíces vitales. Precisamente, y sin la menor duda, lo que sucede en América, donde tenemos una tremenda cultura comercial que crece como un pulpo. Considerése cuántas vidas, cuánta capacidad de trabajo, cuánto talento, cuántos bienes sociales son derrochados no sólo en Hollywood sino en toda la cultura comercial americana. El tributo social es fabuloso. Estamos familiarizados con las noticias acerca del costo financiero de las películas. Un millón de dólares. Y más aún. Entonces vamos de nuevo a ver lo que se ha hecho a tal precio. Y de nuevo vemos una película necia que ofende a la inteligencia. Otra vez la estúpida e inepta historia del joven y la muchacha en una apoteosis que resulta un absurdo monumental. Y tan acostumbrada está la gente que ya ni reacciona.

Todo esto puede ser descrito metafóricamente como un grandioso Luna Park del capitalismo. Y si un verdadero artista entra en ese círculo debe recordar las palabras del Dante. *Lasciate ogni speranza, voi che'ntrate.*

Esta no es una cultura que sirva a los hombres; por el contrario, los torna en sirvientes. Su más alta medida de los valores es anotada en pequeños números con tinta negra y roja para certificar en el papel las ganancias y pérdidas. Déjese a quienes beneficia esta mascarada su justificación. Vale más no hacerse ilusiones y renunciar a cuanto encubre su idealismo. El escritor que así proceda entrará en la categoría de los que un director de películas ha llamado: *irresponsable literari*. Exacto! Irresponsable de ese sistema, pero responsable del ideal que trata de mostrar a los hombres lo que la vida es hoy, a fin de contribuir en la medida de cada uno al esfuerzo necesario para crear en ellos la conciencia de sus problemas, de sus necesidades y del futuro que ha de ayudarles a crear una sociedad mejor.

¿Resistencia o sumisión?

En uno de los últimos artículos de León Trotsky, escrito a los pocos días de la caída de Francia, es decir en la segunda quincena de Junio de 1940, hallamos el siguiente juicio profético del gran revolucionario ruso acerca del desarrollo ulterior de la guerra imperialista en Europa:

“La experiencia de los alemanes en Ucrania, en 1918, ha demostrado lo difícil que es utilizar por métodos militares la riqueza natural y la fuerza de trabajo de un pueblo vencido; y cómo se desmoraliza fácilmente un ejército de ocupación en una atmósfera de universal hostilidad. Este mismo proceso habrá de desarrollarse en una escala mucho más vasta en el continente europeo, bajo la ocupación nazi. Con seguridad se puede esperar la transformación rápida de todos los países conquistados en polvorines”.

¡Qué abismo entre esta ilimitada confianza de Trotsky en el espíritu de resistencia de los pueblos invadidos, y los elementos de sumisión que por aquellos mismos días encuentra en sí y a su alrededor el desesperado y escéptico André Gide!

Según el maestro de “Los monederos falsos” a los pobres franceses no les quedaba más remedio que resignarse a lo que Hitler quisiera dejarles buenamente...

Pero a despecho de cuánto, escudado en tan crudo fatalismo, lograron rufianes y traidores, que ya estaban con el enemigo antes de la invasión, el pronóstico de Trotsky se cumple al pie de la letra. En Francia, mejor que en ninguna otra parte.

Hasta el propio Winston Churchill se dijera que lo reconoce a su modo, en vísperas de la reconquista de París.

Nunca me gustó Trotsky —asegura entonces, y no sin motivo, el viejo tory—; *pero lo que dijo a los alemanes cuando firmó el brutal Tratado de Brest-Litovsk, se me grabó en la mente.*

Y cita estas palabras del compañero de Lenin:

“El destino de una gran nación no ha sido jamás determinado por las condiciones transitorias de un aparato técnico”.

Claro que, después de recordar dicho concepto un cuarto de siglo, Mr. Churchill olvídale de pronto en Grecia. Pero aún allí tiene presente a su autor, pues llama “trotskystas” a los guerrilleros de Atenas que no quieren someterse al dictado de las armas británicas. Lo que, desde luego, agrega doble validez a la profunda visión histórica del fundador del Ejército Rojo.

En verdad, todo el mundo asocia hoy el nombre de Trotsky —hemos visto ya desde qué altura y con qué fundamento— al espectro de la resistencia extraoficial.

Nosotros, simples francotiradores literarios contra cualesquiera sumisión, estamos seguros de no sacudirnoslo así no más por traer a cuento estas pocas líneas tuyas, al margen de otras, lamentables, de André Gide.

Antólogos y antologías

* Hay personas que creen que hacer antologías es hacer obra literaria. Error. Una antología no es una creación; es un préstamo que se toma a muchas personas, muchas de las cuales, por estar muertas, no pueden negarse. Las vivas no se niegan por timidez o vanidad. El antólogo aprovecha estas debilidades y aquellas defunciones.

* Esos préstamos no rinden interés alguno. Tampoco se pagan.

* Sólo los profesores y los diletantes hacen antologías; los primeros, sinceramente, para venderlas; los segundos, por amor a la literatura, aunque también las venden.

* Los antólogos no pagan derechos a nadie. No se olvidan, sin embargo, de cobrar los suyos.

* Los escritores, si son buenos, subsisten; los antólogos, por buenos que sean, mueren. Sólo los pésimos sobreviven; las maldiciones los mantienen. Es necesario elegir.

* Los antólogos creen que las antologías benefician a la literatura. No hay tal. Sólo le agregan fechas inexactas, erratas a granel y una iconografía digna de la Sección de Investigaciones.

* ¿Qué van a decir mis admiradoras cuando vean este retrato mío?

* Hay poetas que sólo existen en las antologías.

* Si no fuera por los antólogos, la lírica de todos los países sería, seguramente, más escasa, pero, indudablemente, mejor.

* Pero, ¿qué haría un antólogo en un país en que no hubiese sino media docena de buenos poetas?

* En Estados Unidos se publican decenas de antologías de escritores hispanoamericanos. ¿Para qué decir que en la mayoría de los casos esos escritores no ven jamás un céntimo y que rarísimas veces reciben un ejemplar de esas antologías? La Política de Buena Vecindad exige ciertos sacrificios... de parte de los escritores.

* Carta a un antólogo: "Señor: gracias a usted, la humanidad dispondrá, desde la fecha de la aparición de su antología, de dos versiones de mi poema *Gato encerrado*: la que yo tuve la insensatez de escribir y la que usted ha tenido la osadía de atribuirme".

* Final de la carta: "...y, gracias a usted, que me hace nacer en 1876, siendo que en realidad sólo nací en 1896, tendré que estirar la pata antes de tiempo."

Certificado de supervivencia

Cómo se viene la muerte tan callando. — Jorge Manrique.

I

Cuando Lautaro Monardes llega a la notaría, le dicen que la asignación familiar se concede mediante un certificado de supervivencia.

La palabreja lo impresiona y piensa que necesitaría haber resucitado y ser algo así como un segundo Lázaro. Luego comprende que tal vez baste con tener más de cuarenta años, límite de la vida media del chileno.

El notario capta su vacilación y procura hablarle con mayor claridad:

—¡Es un certificado en que conste que está vivo! Además, se requieren dos testigos...

Por costumbre, si se repite una explicación, se mira al oyente con fijeza para que el flúido óptico, los gestos y ademanes refuercen el sentido de las palabras y eviten cualquier equívoco.

Monardes queda con su alma dispersa. Una sombra lívida se ajusta a su rostro y todo su cuerpo se pone trémulo. Sus temblorosos pasos lo llevan a la calle. Camina largo trecho apoyándose en las murallas. Las ideas giran veloces detrás de su frente. ¿Qué es estar vivo? Cuando y cómo se vive? ¡Qué terrible sería que no lo estuviese, ni su madre, ni sus parientes; que su niñez, sus años de escolar, sus amores, sus amigos hayan sido ilusión!

Ensimismado va por las calles que recorriera antes de ponerse en duda. Siente un poco de fiebre y la sensación de que su cabeza se llena de niebla. Pero el animal que hay en él no se resigna fácilmente a la angustia metafísica. Saca la lengua, profiere con violencia algunas palabras, hace movimientos desusados. Quiere convencerse de que está vivo y que cuanto le dijo el notario es estúpido y absurdo.

Como la urbanidad del caminante solitario consiste en guardar silencio, andar con paso regular y moderado, advertir con discreción la actividad callejera y revelar en sus facciones, si es posible, alguna noble preocupación —a fin de ejemplarizar a los demás viandantes y provocarles una emotividad parecida— sus gesticulaciones desataron la curiosidad de los transeuntes. Unos le miraron extrañados, otros tejían comentarios con su pareja y ninguno pudo quitarle la vista de encima. Tan desagradable solicitud hundió en su alma, ya atribulada, la convicción de que algo muy insólito le ocurría; algo, dicho sin ambages, muy semejante a la muerte.

II

Presiente que el notario al exigirle una constancia de que está vivo, lo ha hecho con reservas, quizás con el reconcomio de que no lo está. Recuerda muy bien la fijeza de su mirada...

¿Y de dónde puede el notario obtener esa seguridad para dudar de la existencia ajena? ¿No es él un ser de carne y hueso como los otros, sujeto a fallecer en cualquier instante? ¿Y si ya no estuviese vivo y actuase por una especie de impulso adquirido?

Lo común es que el notario con el dicho de "pasó ante mí, firmo y sello" autorice las mayores fantasías, afirme lo más peregrino, dé por ciertos hasta los milagros y santifique propósitos que harían cavilar a un fanático.

La obligación de llevar testigos, tan perecederos como los demás hombres, que aseveren que uno vive, es irritante. Ellos abren la boca y son creídos. No han menester de ningún certificado. ¿Es justo, es honrado proceder así? Nó, mil veces nó.

Sería más cuerdo que la sobrevivencia de cada testigo fuera confirmada por una pareja. De ese modo evitaríanse muchos errores y se abatirían innumerables dudas.

Dicho método, aunque justiciero, resultaría un tanto engorroso, pues no quedaría adulto sin pasar por las notarías, fuera de que se precisarían millares de empleados para establecerlo todo en papeles. El proceso de verificación completa podría demorar diez o más años sólo en expedir un certificado...

Si el legislador, como medida transitoria, declarara vivos a todos los habitantes durante un decenio, se corregiría el mal, pero no habría medio de sepultar a los suicidas, los asesinos, los que mueren repentinamente, los ajusticiados, los naufragos y a todos los que llama el Señor a su santo reino.

El recurso de crear un cuerpo, reducido, de testigos que por una ficción legal fuesen considerados imperecederos, tendría el inconveniente de que cuando uno de ellos enfermara o feneciera, habría que pasar por la humillación de confesarlo, lo que va contra la majestad de las leyes.

III

¡Vaya que es raro cuanto le ocurre! Siente la vida en torno suyo. Puede adoptar una u otra actitud. Razona. ¿Cómo entonces no estar vivo?

Si quiere mover la cabeza, la mueve; si piensa en una palabra, la dice; si desea extender los brazos, los extiende; si manda a su pie que pise firmemente, pisa con firmeza. Y, sin embargo, para el señor notario no es suficiente...

Con asombro, ve que le rodean personas y vehículos. Le miran como si fuera fenómeno, casi sin respirar, en espera de su reacción. Y él no siente ningún deseo. Parécele que su espíritu está muy arriba, muy alto, sin percatarse de que su cuerpo ha quedado en la calzada, inmóvil.

Los aurigas se desgañitan y los transeuntes unen su voceo al coro. Oye, por fin, al carabinero que le ordena subir a la acera y agita su bastón de órdenes.

Se ve en medio de la calle. Sin duda se ha detenido al intentar atravesarla y allí hase sumergido en sus difíciles pensamientos, sin oír la algazara de los cocheros, sin reparar en que obstruía el tránsito. ¿Cómo ha podido ensimismarse de tal manera, él, el hombre más sencillo y normal de la tierra?

—¿Que no me oye, señor! Si no se retira lo llevo al retén.

Lautaro Monardes se abre paso con dificultad y alcanza la acera, asediado por la excitación de los espectadores. Prevé que la gente le tomaría por loco si hace un gesto o dice cualquier palabra, y experimenta una tenue voluptuosidad en no proporcionar ninguna certidumbre. A su espalda alguien se pregunta:

—¿Qué será este hombre?

Si pudiera desdoblarse, pues siente una gran piedad por sí mismo, se daría golpecitos cariñosos, y se diría: "¡mi querido amigo, estás para nunca!" Y si nadie le viera, hasta lloraría, tan grande es su desconsuelo y tan incompatible.

Cierta curiosidad, indigna de quien duda de su experiencia, le hace volver la cabeza. Continúa la gente acechándole y varios sujetos, desde el frente, le miran con torpe disimulo.

IV

La sola circunstancia de estar separado físicamente de las personas que presenciaron el incidente motivado por él, le hace vislumbrar que sus pasos lo alejan para siempre de un mundo de objetos, personas, sentimientos, ideas. Mientras se encamina hacia un fin, mil pequeñas cosas van muriendo a sus espaldas. Esa corriente poderosa de noticias, fechas, nociones y dramas de la vida universal, que a diario se registran en su conciencia, a diario van desapareciendo casi sin dejar huella. Lo que más lo mueve o hiere suele surgir del pozo oscuro de su memoria, pero, ay, en el acto vuelve a hundirse en el pozo oscuro.

¿Y lo que está delante de él, más allá del alcance de sus sentidos, existe realmente? ¿Es que todo es apariencia? El llegó con sus piernas a la notaría, dijo con su voz lo que era necesario... Y no obstante... Ahora no sabe qué es. Sólo piensa. ¿Pero quien ve el pensamiento? Si uno imagina una mesa y la construye, el pensamiento asume una realidad social, mas, las ideas que no pueden materializarse, ni quedan escritas, existen sólo para quien las concibe; son necesariamente efímeras y privadas.

A cierta distancia ve el letrero de una cigarrería y se dice: "entraré a comprar". Su doble le sugiere: "Si estás muerto, ¿qué utilidad tendría hacerlo?" A pesar de todo, cuando llega a la puerta, entra y pide. La vendedora, sin exigirle ningún documento, le entrega los cigarrillos. Paga y se siente embargado por una gratitud asombrosa. Querría decir a la niña alguna buena frase y en la búsqueda de los términos más justos transcurre un instante.

El mira a la empleadita sin dar con las palabras... Esto, sin duda, no es usual en las cigarrerías. La gente paga y sale. Ante tan embarazoso silencio la vendedora le mira a su vez con tamaños ojos. El percibe la sorpresa y escapa, pensando: "¡ya se ha dado cuenta!"

Alguien atraviesa por su camino y le saluda. Contesta desganado. El individuo es un pobre hombre y puede estar muerto desde hace muchos años. Y lo más seguro es que no lo sepa.

V

Cuando deja atrás las estrechas calles del centro, y se ve en el espacio amplio de la Plaza de Armas —abandonada en esa hora—, siente una sensación de bálsamo sobre su congaja.

Andando con desfallecidos pasos llega a un banco de los jardines, algo distante de la fuente. En los asientos exteriores unos pocos ociosos, o muertos, yacen. Más allá de la calle se extiende y levanta el pesado cuerpo de la Catedral. La muchedumbre cubre las aceras que hacen marco a la Plaza. Son como grandes masas de insectos que se agitan inutilmente. Allí, en reposo, se deshilarían los minutos; deja de importarle de manera tan sensible y urgente si está vivo o no.

Hombres y mujeres salen de los portales, de las esquinas, y cruzan hacia la Plaza atraídos por el frescor y el canturreo de los gorriones. Unos se acomodan en los escaños. Otros van y vuelven a lentos pasos. Monardes les mira con preocupación. Los escualidos, los graves, los pensativos, avanzan con las manos cruzadas en las espaldas. Otros risueños, en grupos se acercan y se alejan interesados en ligeras conversaciones. Los paseantes solitarios suelen mirarle profundamente, con mirar que llega al fondo de su espíritu y hiere su pudor. ¿Serán también muertos o algo así? La mayoría parece gente extranjera.

Las muchachas dan vueltas en filas de dos o tres. Pero le saben a estampas. Otrora, de ver sus formas acusadas, habría sentido comprimirse y dilatarse su cuerpo. Ahora no. ¿Por qué le resulta todo fugitivo?

Porque uno no muere sino cuando cae sobre nosotros el olvido.—*Manuel Magallanes Moure.*

Las primeras sombras de la noche y cierta inquietud le impelen a reemprender su camino. Atraviesa hasta el Correo Central. Y allí, en un ángulo de la puerta, vió a D. Juan José Gutiérrez, o le pareció verle, persona que en otro tiempo fuera presidente del Senado y cuyo nombre, poco a poco, fué desapareciendo de los diarios y de toda actividad. Lo suponía muerto. Si le hubiesen preguntado, en otra circunstancia, sin ninguna duda habría dicho que murió hace un par de años.

Y el falso muerto estaba allí conversando con dos amigos. Tenía un pie en la acera y el otro en la grada, y conservaba esa actitud recogida, fríolenta, tan suya. Monardes le miró con asombro y dudó por un instante de su identidad. Se acercó unos pasos y siguió mirándole. Esa cara blanca, esos bigotes negros, recordadísimos, ese mirar sin intensidad, ese aspecto total de ratón distinguido y efímero eran de él. Como antaño vestía muy pulcramente y llevaba hongo novísimo. Y sus manos exangües, movidas por el gesto de modelar algo, pero sin conseguirlo —como no consiguió

nunca dejar huella alguna cuando fué profesor, ni cuando era parlamentario, ni con ninguno de sus actos imprecisos—, eran las manos que siempre tuvo. No cabía dudar. Y Monardes habría seguido inquiriendo, porque su vacilación perduraba, si no le detiene una seca mirada de D. Juan José, molesto por tan inesperado e impertinente examen.

Tuvo que irse. Y lo hizo por la calle del Puente, en esa hora plétórica de viandantes, iluminada por los focos y las vitrinas de las zapaterías y almacenes que se extienden hasta el término de la vía.

La asombrosa resurrección de D. Juan José Gutiérrez, hasta hace un momento muerto para su conciencia, le tenía intrigado. El, inocentemente, había dejado de contarle entre los vivos. ¡Qué mucho entonces que el notario le exigiera un certificado de viviente? Si él daba por muertos a seres que seguían en pie, ¿por qué extrañarse de que los demás hicieran lo mismo con él?

A cierta edad nuestra memoria destruye muchas imágenes sin vacilar. Cuando estas corresponden a vivos es como si los asesináramos. Pero, qué debemos hacer con quienes fenecen así y persisten en actuar como si vivieran?

Cuando un ser se ha desprendido de nuestra alma es, ¿cómo dudarle?, porque ha muerto un poco.

VI

Las diversas sensaciones de la tarde, el trabajo confuso de su espíritu, su abatimiento y el no saber a qué atenerse en algo tan importante como su propia existencia, no le permitieron reparar en qué había dejado atrás el Mapocho, y se internaba por el dédalo de callejuelas situadas a la izquierda de Avenida Independencia.

Caminaba por la calle Barnechea, sucesión de puertas y ventanas sin más término que las esquinas. Detrás de cada puerta había un conventillo y estos se relacionaban formando una vasta red que abarcaba la manzana entera. Esa calle era el terror de los ebrios, pues, en las noches —mientras transitaban rosando las paredes—, eran secuestrados de modo fulminante por una puerta y arrojados en el acto por la siguiente sin más prenda que la ropa interior.

El abatido Monardes iba llegando a la esquina de Rivera, por la que derivaría hacia Escanilla. Pero al ver allí a un hombre de borrosa figura, se sintió arrebatado por un impulso demencial, sólo propio de los vivos. Se acercó al hombre y le gritó junto a su oreja:

—¡Ud. es un animal!

El animal se vuelve presto, le mira fieramente y, sin discurso ni duda, la asesta un puñetazo en el pecho, que le hace trastabillar hasta el muro. Monardes experimenta un tremendo dolor, pero en vez de tener una expresión de vencimiento, odio o revancha, su faz adquiere esa dulzura que tienen los santos cuando el Señor los ilumina con su gracia.

El hechor, que está en guardia, lo mira con ojos de brasa y al percatarse que no reacciona, ni se deprime y conserva un semblante gozoso, se siente embargado por un temor que no puede definir, pero que lo desasosiega y angustia. Entonces, sin poder contenerse, emprende la fuga.

Monardes vuelve de su marasmo: el hombre lo ha vencido y en vez de quedarse dueño del terreno, como es costumbre de todo vencedor, se lo abandona a él, lo que significa que ese individuo también ha presentado su extraño e indefinible estado.

VII

Nunca ha sido tan penoso su regreso al hogar. Hace poco la posibilidad de percibir la asignación le tenía jubiloso, y ahora renunciaría a parte de su misérrimo sueldo para recuperar la fe en sí mismo y librarse de la incertidumbre que le agobia.

Es la hora de comer... Después de lavarse, esta vez por mero automatismo, va a ocupar su sitio junto a la mesa... Su madre nota en él algún cambio:

—¿Qué tienes, hijo? ¿Por qué esa palidez?

—Es que me duele la cabeza... tal vez, con el sol.

La madre corre hacia el interior y regresa con un comprimido. El ingiere la droga. Hasta una piedrecilla se echaría al cuerpo. ¡Qué más da!

Conversa sin gusto... Le parece que su espíritu tiene un kilómetro de profundidad y que del último extremo debe traer las palabras necesarias.

En la pared, desde un marco antiguo, lo mira apaciblemente su padre. Era un hombre muy alegre y empeñoso.

Todos los minutos venideros serán difícilísimos. ¿Cómo ocultar a su madre el tremendo secreto?

Apenas entra a su pieza, cierra la puerta, no sin apercibir una figura casi luminosa que aguarda en el rincón anejo al armario. Comienza a desvestirse y un lampo hiere su conciencia y lo hace mirar hacia lo que creyó ver. El visitante luminoso ya no estaba.

Mientras se quitaba la camisa pensó: "es un angel que viene a buscarme. Un angel, ¡pero nunca he visto un angel! El catecismo enseña que cada ser tiene uno. Si existieran sería posible verlos con más frecuencia o ¿es que sólo aparece a la hora de la muerte?" Con disgusto se acerca al espejo y se mira. Está pálido, un poco amarillento. Sus ojos parecen de otro. No tienen ninguna vivacidad, no expresan nada, están congelados. Su calvicie sigue extendiéndose. Sólo le quedan unos mechones en los aladares. Recuerda que ha perdido sus muelas. Abre la boca y repara en el vacío que dejaron. Esta es una forma también de morir. Es singular que entre la vida y la muerte no existan las diferencias que uno suele atribuirles. Se nace con una buena cabellera y se la va perdiendo pelo a pelo. Igual ocurre con los dientes. Otras veces es una gran cicatriz que se engasta en la piel, un dedo que debe amputarse, un ojo que se pierde, tales o cuales músculos que se adormecen, un brazo que se invalida o las piernas que se tullen, y mil otras iniquidades que sufrimos en la lucha contra el medio.

Y esto sólo en lo exterior. Por dentro comienza también la muerte a entremezclarse con nuestros pensamientos. Las posibilidades de realizarse, de desplegar la personalidad encuentran cada vez más fuertes obstáculos.

Ideas de aspecto victorioso parecen apenas las exponemos al aire, al sol o al examen de nuestros amables semejantes. Los sentimientos de justicia, de libertad, de amistad, todas las emociones disminuyen a medida que aumenta el fardo de nuestros días.

A veces coinciden en nosotros el cansancio y desgaste de todos los miembros con el agotamiento de las posibilidades. Entonces morimos completamente.

Sentado en la cama, mirando tal cual vez furtivamente hacia el rincón donde estuvo el ángel, observa sus delgadas piernas, sus huesudas rodillas, su busto descarnado y encuentra que, además de la delgadez, tiene un color adecuado para estar muerto. Si no se tratara de él mismo encontraría razonable que le enterrasen porque condiciones no le faltan.

Se mete entre las sábanas por costumbre. Es probable que no duerma. Por lo demás ¿qué consuelo puede encontrar en el sueño? Frente a su lecho da su tic tac el viejo reloj. Piensa que si a la izquierda, en el punto a donde llega el péndulo, se pusiera muerte, y vida en el contrario, no habría cómo definir o qué nombre dar al centro.

VIII

Más allá del escritorio se veía parte del paletó oscuro, la corbata, el cuello y el rostro serio, rasurado, los lentes y, como término, la cabellera renegrida del jefe del registro civil.

Daba la impresión de un burócrata, pero cierta nobleza diluida en su faz inspiró a Monardes un asomo de confianza, una como certeza de que de la boca de ese hombre podía salir una palabra decisiva para su alma. En ese instante, mientras se miraban, parecía que el equilibrio del mundo pendía de lo que allí pudiera decirse.

El Civil chupó un cigarrillo, expelió el humo, lo vió difundirse hacia el ventanal, miró por el cristal un pedacito de torre lejana y se recuperó.

—Sí... fumar, hacer un negocio, ir de visitas, enojarse, variar de actitud, pedir limosna, lo que sea, se reputa siempre que es propio de vivos. Es costumbre pensar así. Pero es distinto cuando se aplica un concepto jurídico. Entonces todo es difícil porque los hechos difieren, no se encuadran con la definición legal.

El Código no habla de vida, sino de existencia, término que comprende también al muerto hasta el momento en que sus huesos se han convertido en polvo.

Todos nacemos, qué duda puede haber? El acto de nacer alcanza cierta perfección cuando la criaturilla se separa enteramente del cuerpo materno, da un vajido o manifiesta de algún modo su arribo al mundo, aunque sea haciendo "pichi". Cualquiera de estos hechos debe de ser advertido por el ojo o el oído del testigo. Sólo así la criatura entra a figurar entre los vivientes. Desde que nace el pequeño individuo tiene un variado porvenir: puede morir en el acto o ir al limbo; puede aguardar que le dé tos convulsiva, peste de cristal o las indigestiones reservadas a su tierna edad. Si su temple es superior, alcanzará la vida media del chileno. ¡Hay que tener mucha suerte para eso!

Los motivos de fenecimiento, debido a la hurañez de la tierra chilena, la extraña composición del agua, —así dicen—, la carestía y la instrucción puramente folklórica de las madres, fuera de otras razones —que ahora llaman telúricas—, pero de todos modos propicias al desarrollo de los cementerios, abundan.

Es lógico pensar en que nosotros somos los únicos que tenemos constancia de los que viven. Pero no es así. La ciencia administrativa no habla de vida, y sí de nacer. Si vienen dos testigos, decimos que Fulano ha nacido, se entiende que bajo la responsabilidad de ellos. Nosotros somos ministros de fe y tomamos nota de

hechos de valor jurídico. El nacer es un hecho inamovible. Puede ocurrir después todo lo que se quiera, pero nada podrá alterar el hecho primero.

Inferencias de que un nacido vive se pueden hacer en conversaciones, en novelas, en el teatro. Mas, en nuestros libros eso no cabe, sale de nuestra órbita, porque el vivir no es algo específico. Antes se hablaba menos de vivir y la gente lo pasaba mejor. Hoy se emplea mucha palabrería hasta en las cosas más insignificantes... La ley atiende la relación entre las personas, los intereses, lo social. Lo puramente individual escapa a su sentido. Que un individuo viva puede ser bueno para su familia y sus amigos, también para el cobrador de impuestos, pero ¿qué puede interesarle eso a la ley? Es algo personal, es una miserable transición entre el nacimiento y el deceso, y esto por decir algo. Uno sabe cuando una persona está en sus cabales, pero vaya Ud. a definirlo y se volverá loco. A propósito de locos: por el dinamismo que éstos desarrollan se creería que tienen más vitalidad que los cuerdos. Sin embargo, su acción tiene un sentido individual bastante hermético si se considera racionalmente. No se ajustan a ninguna definición biológica y escapan también a las legales. Pueden ser más viejos que Matusalén y es forzoso considerarles como a menores. La gente, no sé si con razón, suele llamarles muertos vivos.

¡Adonde iríamos a parar si hiciéramos las inscripciones por pareceres, por darle gusto a nuestra fantasía!

Después del nacimiento uno certifica que Fulano casó con Sutana. Basta con que llenen los requisitos, es decir, que dos sujetos lo atestigüen. He ahí otro hecho preciso, que se acomoda a la ley como el guante a la mano. Cuando un hombre vincula su vida a la de una mujer, incurre en un hecho perdurable, aunque el propio interesado —a poco andar— querría que fuese más transitorio. Si su sentimiento es fuerte, imperioso, el remedio está a su alcance: anula su matrimonio. Puede venir el arrepentimiento; entonces vuelve a matrimoniarse, y así se suceden los hechos, pero no se corrigen ni se anulan.

La viudez también es materia de inscripción. Si media la prudencia y el buen sentido, es dilatada y conmovedora.

El deceso, tan neto, ofrece la ventaja de su verificación, ya por el médico, ya por los testigos, y permite cerrar la inscripción sin anotaciones erróneas.

No crea Ud. que la ley mira sólo lo tangible, lo material. A veces sabe elevarse. Por ejemplo: tiene Ud. la muerte presunta... Desaparece un individuo de su hogar, de la ciudad, por espacio de diez años. Se le cita a comparecer y se da lugar a que cualquiera

denuncie su existencia. Si no se presenta ni nadie dice haberle visto, declaramos que es muerto presunto. Es un hecho definido, establecido en el Código, que ampara por igual a la sociedad y a sus parientes. Su mujer puede llorarlo con fundamento legal, heredarlo y casar de nuevo si tal es su voluntad.

No obstante, el muerto presunto, digamos el falso muerto, puede estar vivo en otro país, gracias al empleo de un nombre supuesto, pequeños cambios en su presentación: quitarse el bigote o dejarse la barba. Este tipo de muerte, elegido por los marinos y los soldados, no es despreciable, créalo Ud.

Otra cosa es dar certificados de supervivencia. Serían pura ficción. Vivir es algo que cambia de ser a ser. No hay como tomarlo. Es algo inasible, de imprecisa definición. Los médicos dicen que reproducirse, adaptarse y nutrirse, son las características de la vida, pero hay más: lo imponderable. Los hindúes pasan meses sin comer y siguen viviendo... Las piedras se alimentan y no viven. Los ancianos viven y no se reproducen. Todo es un gran lío. Y considere Ud. que no nos hemos referido a la parte que él Altísimo debe tener en todo esto.

Si tuviéramos esa obligación sería para salir de una vergüenza y caer en otra. Damos un certificado, el portador sale de la oficina y muere de un ataque, lo atropella un tranvía, alguien le encaja un tiro o él se lanza desde un edificio. ¡Y nuestro papel con firma y sello, en regla, diciendo que vive! ¡Seríamos el hazmerreír de cuantos quisieran!

No, esa es labor de notarios. Ellos carecen de función específica y pueden dejar constancia de lo que se le ocurra al que paga la escritura...

En ese instante, un oficial entra respetuosamente y pone ante su jefe una ruma de papeletas para su firma.

Monardes se despide con una sonrisa muy económica, como si todo el discurso que oyó fuera un placentero entretenimiento.

IX

Me llamarás, hermana, y llamarás en vano:
a través de mi cuerpo yo estaré tan lejano
que ni a gritos ni a besos me podrás despertar.
Manuel Rojas.

Monardes comprende que no es fácil salir de las tinieblas, y ansía dar con algo que lo habilite para aislar lo vivo de lo muerto. Un viviente, —se dice—, anda, se nutre, se adapta a las mejores circunstancias, se reproduce, modifica el ambiente. El muerto

yace, está bajo tierra y si alguna vez se le descubre no conserva sino sus amarillentos huesos. Sin embargo, le crece el cabello, le crecen las uñas y varía de posición.

El cataléptico, que es un ser vivo, puede también estar yacente. Como el difunto es enterrado, y si los deudos se despreocupan quedará en la sepultura, ay, igual en todo al verdadero cadáver, de donde podría inferirse que la posición no es privativa de quienes han entregado su alma al Todopoderoso.

¿Está realmente vivo el durmiente? Su postura aseméjase a la de cualquier finado. A cierta distancia no es dable percibir su respiración. Si se le acercan, él no lo siente. Si se le habla es vano porque no comprende ni podrá responder. Aunque se le ofrecieran los más exquisitos manjares, a semejanza del fallecido, permanecería inerte, extraño a los halagos de la nutrición.

El genio de la especie carece de imperio sobre sus sentidos. ¡No lo conmovería ni una danzarina sin velos! En potencia se iguala al soterrado. Su cuerpo, en ese lapso, no tiene ninguna capacidad de adaptación. El único nexa que mantiene con los vivientes efectivos es una idea, la idea de que despertará en la mañana próxima.

Mirándole parece evidente que está sin espíritu y que éste ha ido a vagar por los parajes que otrora fueran su ámbito. El alma, como los criados fieles, visita a sus antiguos amos.

El espíritu, por depurado que esté, tiene su contrario. Es el trasgo, ente elemental, movido por la envidia, ducho en villanías y badulaque de cuenta. Conoce muy bien la estela del alma errante, que pernocta fuera de su morada temporal.

Dado su natural avieso, el trasgo se apuesta en el lugar preciso y cuando el espíritu retorna, porque en alguna parte del cielo comienza a florecer el arbol del alba, inicia sus tretas para interrumpir su vuelo, y hasta suele forzarlo a la lucha.

Mientras prosigue el combate en la altísima atmósfera, en un dormitorio terrenal llega la hora de levantarse. La madre, o la mujer, acudirá inquieta al lecho del dormido. Y ni con gritos, remezones, ni argumentos morales conseguirá despertarlo.

Gran desgracia será que la familia se convenza, de sopetón, que amaneció muerto.

Es ineludible que le lleven, —en medio del llanto y del pesar—, al cementerio más inmediato, donde pronto será humilde polvo.

Puede el alma llegar cuando el cortejo avanza pesaroso y solemne hacia la tumba; puede incorporarse, mas ¿cómo alterar la letal certidumbre de los deudos, de los tristes deudos?

Por desventura el espíritu es siempre invisible y aunque, en tan desesperado trance, entonara una canción favorita del que va con los pies hacia adelante, —empleando el tono más alto para hacerse oír de todos—, unos creerían que es su propio deseo de verle vivo el que les hace sentir la melodía, y los parientes más lejanos atribuirán el canto a pura y despreciable ilusión auditiva, determinada por el velatorio.

¿De qué otro recurso podría valerse el espíritu? El encierro hermético del cuerpo, en el estrecho ataud, no permitirá romper su tapa o tamborilear en ella.

Todo invalida la posición como característica del muerto auténtico. No hay diferencia física entre un cadáver y un durmiente, sino abstracta, es decir ninguna si se atiende a la índole singular y misteriosa de cualquier abstracción.

Ni la voz, de naturaleza tan espiritual, —simbolizada en la palabra—, es atributo del vivo, ya que el dormido, aunque esté fuera de la realidad, también suele hablar.

¿Y qué decir del sonámbulo, el más vivo de los muertos, pues camina, esquiva los peligros de escalas y azoteas, sin ver, (inconsciente de sus acciones), ajeno a la vida que le circunda, ignorando cuándo abandona el lecho y cuándo torna a él?

Ni el dormido silencioso, ni el dormido que habla, ni el dormido que anda se ajustan de manera alguna a las exigencias de los biólogos. Son ausentes, no expresan su voluntad e influyen en el medio, durante su letargo, tanto como las piedras. ¿Podría creerse que la vida no reside en hechos sino en ideas?

Con la penumbra que baja del cielo, recuerda una frase oída, seguramente, en la parroquia de su pueblo cuando era niño: “Levántate y anda”. Y Lázaro que estaba dormido en su sepulcro se levantó y anduvo. Anduvo y estaba muerto.

X

Si el existir no puede comprobarse con la mera nutrición, el acomodo al medio o el ritmo cambiante que, en apariencia, tiene la vida, es inevitable acudir a la prueba suprema: la reproducción.

Será más seria y convincente, como demostración de vida, que el procedimiento notarial de garabatear un papel y hacerlo firmar por dos testigos, porque puede ocurrir que tanto el notario como los atestiguadores, en el momento de establecer la sobrevivencia de un sujeto, estén muertos.

Las notarías, si se adopta esta prueba, dejarían de ser emporios de papel escrito, de arañas, ratones, cagatintas y otros estigmas.

Su sede podría estar en hermosos edificios, rodeados de jardines, con habitaciones impregnadas de perfume vegetal y defendidas por la soledad propicia.

El alhajamiento de cada estancia, muy primoroso y sobrio, se confiaría a gentes de gusto. Podría convenir que fueran de materia transparente, sin exceptuar los tálamos, para que el notario o quien haga sus veces reciba la certeza visual de que la demostración se efectúa.

Los interesados dispondrían de sus mujeres, a menos que se estimase más imparcial probar con mancebas que se enrolarían para tan sublime propósito.

Este método regocijaría a los adolescentes y a otros individuos formados por natura para poblar la tierra. A pesar del elevado destino que persigue, agraviaría a los ancianos, nominalmente vivos, pero que, por falta de celo, ya no valen sino para actos del espíritu.

Causaría desasosiego a cuantos tienen la maña de actuar como si su sexo fuera el contrario; induciría al pecado a quienes hicieron voto de abstinencia y descubriría a los que —oh, tristeza—, no pueden prolongar su estirpe.

No obstante, la posesión, si buena como prueba, no daría sus frutos sino en el séptimo o noveno mes.

XI

En medio de sus perplejidades le llega de la empresa una orden de trabajar en otra oficina y ¡tardío bien! un ascenso de grado.

Los ascensos ya no pueden darle alegría. Antes de ponerse en duda lo hubieran hecho feliz. Empero, el traslado le ofrece una ventaja. Los antiguos compañeros a quienes dejó para tomar su feriado, corresponden a otra etapa de su vida. ¡Qué puede atraerle de entonces!

Ahora comienza, si así pudiera hablarse, su vida de muerto o, al menos, de vivo dudoso.

Aunque no sea correcto, Monardes experimenta cierto bienestar. Encontrarse con empleados que nada sepan de él es mejor. No se extrañarán de su carácter, que debe estar cambiado.

Tal vez no ponga gran empeño en su trabajo. Un muerto no está sujeto a obligaciones; pero él necesita pagar la casa, alimentar a su madre y, puede mover a risa, satisfacer ciertas necesidades personales.

Se consuela pensando en que las piedras también se nutren.

Como en otros tiempos, esa mañana se rasura cuidadosamente, se peina pelo por pelo, cepilla su ropa y todo su atavío le merece un cuidado solemne. Va a reanudar el trabajo en la nueva oficina y, a pesar de todo, querría causar buena impresión. Como para excusarle, su doble le sugiere: "un muerto no tiene por qué ser sucio".

Se viene a pie. El Mapocho está muy animado. Transitan presurosos los cargadores de la Vega. Mujeres de todas las edades y aspectos van y vienen con cestos y bultos de verdura, ayudadas por un enjambre de muchachos.

Los tranvías trepidan y crujen los desvencijados automóviles. Obreros y pequeños empleados se dirigen hacia la calle de la Bandera que, a esa hora, despierta de su embriaguez nocturna. Los mozos barren los locales y sacuden las mercaderías.

En medio de comercios y depósitos de paño está el edificio del control de entradas, en donde le corresponde seguir trabajando.

Los funcionarios entran a las oficinas, cuelgan sus sombreros, se ponen sus manguilas negras, cambian impresiones y dan miradas angustiosas a los rimeros de papeles que se acumulan en los pupitres, y miran con hostilidad a los mozos que van y vienen repartiendo nuevos papeles. Esa es su vida: recibir papeles, calcularlos, devolverlos para que los vayan firmando los numerosos jefes del departamento y hacerse cargo de una nueva y abundante ración diaria. Algunos examinan una parte y rompen con alegría el resto; otros, con disimulo, dejan una porción en el pupitre del vecino, pero también hay héroes que todos los toman para sí y trabajan en silencio, hoja por hoja, sin levantar la cabeza hasta que llega la hora de almorzar. Son pálidos y van adquiriendo poco a poco el color del papel. En sus conversaciones, de manera falaz, terminan por expresarse con las palabras que figuran en los formularios.

Monardes llegó al escritorio del jefe, que era un vejete pequeño, de cara muy arrogante, con las guías del bigote hacia arriba y ojos de león. Fumaba.

Examinó al nuevo empleado, le preguntó qué hacía en la oficina anterior, cómo usó del feriado, y cuando supo lo de la asignación familiar casi dió un salto, pero en el acto se serenó y miró a Monardes no sólo con los ojos sino con todo el cuerpo.

Tal vez su intención original fué echarse sobre Monardes y despedazarlo o, por lo menos, aplicarle un puntapié en el pecho para quitárselo de su vista.

Quizás si lo estuvo mirando sólo un instante, pero lo que recordó, pensó, decidió, maldijo y sus intentos de penetrar en zonas que entreveía y se le esfumaban, no se podría relatar, con orden, en menos de quince días.

La figura de Monardes, individuo pálido, de porte mediano, le traía el recuerdo desagradable de Zaldívar, recuerdo que trataba de expulsar de su memoria.

Zaldívar trabajaba en la última oficina, especie de desván que estaba algo aislado de las restantes salas. Su pupitre, fuera de legajos, estaba lleno de frascos de tamaño, forma y color diferentes. Parecía, la pequeña habitación, algo así como trastienda de boticario. Olía a todo. Era una atmósfera de olores fuertes, de olores rojos y turbios, de olores dulces, de olores de un verde difuso. Los olores fuertes estaban casi en la puerta, atisbando visitantes. Al que llegaba le era imposible traspasar el umbral sin que se le estremecieran las narices, y sin que le viniera una especie de locura por olerlo todo, por vivir sólo para olfatear y mover la cabeza tal como los caballos cuando huelen la tempestad.

Zaldívar era pequeño, con la piel transparente y sutil, con un aspecto quebradizo y una mirada llena de compasión. Su voz carecía de emotividad y todo lo decía en tono opaco, igual, intercalando esas palabras heladas y malditas de los formularios.

Cuando el visitante llegaba hasta su escritorio, llegaba sin ánimo. Estaba agotado del esfuerzo olfativo y por unos minutos seguía con las fosas nasales enloquecidas, vibrantes, atentas a cualquier olor nuevo, temeroso de lo que hiede y con el deseo pueril de dar con algún perfume compensador.

Después de recuperar el uso de los demás sentidos, era inevitable que comentara:

—¡Vaya que tiene frascos!

—¡Si tuviera todos los que me he tomado! —respondía Zaldívar sin acritud, y se quedaba algo desvanecido. El interlocutor salía rápidamente.

De Zaldívar se tenían pocas noticias. Vivía desde pequeño con sus tías que no hacían otra cosa que cuidarlo. Lo preservaban de los resfríos, de los accidentes, las pesadillas, de la resaca y de todo lo que podía convertirse en enfermedad. Como era frágil le administraban pócimas, jarabes, reconstituyentes, sedantes, desinfectantes, etcétera.

De la frasquería Zaldívar tomaba una cucharada por hora. No se sabía por qué pasaba de una dolencia a otra. A veces aparecía sin cejas, otras con una sección del cráneo desprovista de cabello, con la mejilla hinchada, de color de difunto, o trémulo. Tenía diabetes, el hígado muy malo, cierta propensión al reumatismo; le dolían las articulaciones cuando el día estaba muy nublado, sufría accesos de frío o poníase febriciente. Por estos y otros motivos, su cuarto permanecía con la ventana cerrada y evitaba las corrientes de aire, que consideraba malísimas.

Zaldívar, fuera de probar específicos, verificar el trabajo de los bodegueros, que se acumulaba en desesperantes rumas de papeles, —lo que daba a su pupitre el aspecto de un muro protector—, no desarrollaba otras actividades vitales que dar una mirada al vacío, de rato en rato, e ir a almorzar.

Carecía del don del relato, carecía de opiniones políticas, carecía de mujer, carecía de amigos, ¿de qué no carecía? Había sonreído por última vez al comienzo de su adolescencia. El tiempo le era indiferente porque, como enfermo, vivía protegido por lanas, guantes, bufandas, polainas y sobretodos. Era apático ante el dolor ajeno porque el suyo era permanente.

Aunque le saludaban al llegar, nadie esperaba reciprocidad. El se escurría en silencio, se apartaba de cualquier movimiento, de todo ruido.

El jefe lo hubiera echado a empujones, porque de sólo verle se le descomponía el ánimo, si no fuera por su salvaje capacidad de trabajo. Calculaba centenares de papeletas diarias, que el jefe perfeccionaba con su visto bueno de la mañana a la noche. Trabajaba con lentitud, sin cesar, como quien se ha propuesto suicidarse sin apuro, a largo plazo.

En las raras salidas que hacía de su oficina, algunos empleados de temperamento dionisiaco le dejaban en su escritorio rumas de papeletas que él, sin corresponderle, calculaba como propias.

Antes de llegar a su puerta el jefe se detuvo para cobrar ánimo, porque si iba desprevenido los olores se adueñaban de él y era hombre perdido. Una vez que cobró valor, le dijo a Monardes:

—¡Sígame... Esta es la oficina en que Ud. podrá sernos más útil. (Y le dió una mirada severa). Estará, por lo demás, muy bien, pues el señor Zaldívar es como usted lo verá. No habla. Sólo trabaja... No se alegra ni se enoja nunca. Es de un carácter muy parejo.

Al ruido de los pasos Zaldívar desvió la mirada de los papeles.

—Aquí le traigo al señor Monardes, que será su ayudante. Espero que se entiendan bien. También se ha preocupado de la asignación familiar...

Zaldívar, sin mirarlos del todo, sino lo indispensable, dijo con voz mortecina:

—Puede trabajar en esa mesa... —Indicó un extremo de la sala—. Todo consiste en comprobar si lo cobrado, en cada papeleta, se ajusta a la tarifa. Cuando hay error se hace el reparo y se envía al bodeguero responsable. Eso es todo—. Y tomó una porción de papeles y la colocó en la mesa del ayudante.

Mientras, el jefe movía su cabeza a derecha e izquierda porque su nariz huendo de un olor caía en otro. Sentía sofoco y casi sin agregar palabra salió musitando maldiciones.

Monardes se acomodó en su escritorio y comenzó el trabajo, muy embarazado por estar en silencio ante un extraño y temeroso de ser interrogado. Presentía que las primeras palabras serían decisivas y temibles.

El trabajo que tenía ante sí era similar al que hizo en Mapocho, pero más pintoresco, pues daba alguna noción de los productos de cada pueblo.

Al alzarse para coger nuevas papeletas se encontró con la mirada de Zaldívar. No se sabe cuanto rato estuvo uno sumido en la mirada del otro. Se miraban fijamente, sin parpadear. La tremenda fijeza de ambos les hizo verter lágrimas, que rodaban a su antojo por las mejillas amarillentas. Así, sin cambiar palabra, se confiaron, tal vez, su secreto, y —como si naciera de un acuerdo— tanto Zaldívar como Monardes se fueron acercando y se echaron los brazos al cuello como lo harían dos desconocidos náufragos al descubrirse en una isla desierta.

Santiago, 17 de Agosto de 1944.

José Pedroni

Nuevo canto gaucho

I

*Quisiera haber vivido mucho tiempo antes,
en nuestra hora prima,
en nuestro día madre,
sólo para conocerte,
gaucho que cantabas con toda la sangre,
con todos los pájaros libres en la boca,
como ya no canta nadie,
nadie en el mundo,
nadie, nadie.*

*Quisiera haber vivido
en tu augural instante,
antes de la entrega de la pampa,
antes del encierro de los árboles.
Haber vivido en el alto mediodía
de tu lance.
Haber corrido tu mañana,
desandado tu tarde,
ambulado tu ocaso tras la voz
del caracol del mate.*

*Río blando de boca
para orillar, errante,
y un puñal en el cielo, hecho de estrellas,
cada noche, al echarme.*

*Un puñal, una cruz
donde pensar en alguien.*

*

Quisiera haber vivido
 en tu día grande,
 el del rastreo de la libertad,
 la selva por delante.
 Mía tu doma;
 mío tu duelo salvaje;
 mío tu vido en la tierra;
 míos tus ojos en las altas aves.

Haber tenido tu pulso
 para la sed, para el hambre.
 En la boca sin miedo, ante el desierto,
 tu grito penetrante.

Quisiera haber estado en todas las pulperías
 junto a la guitarra amante
 —voz, cintura y entrega
 de mujer entrañable—
 en todas las pulperías,
 sólo para esperarte;
 sólo para abrirte cancha;
 sólo para gritar ¡que cante!;
 sólo para oírte cantar;
 sólo para verte ir, libre, a cualquier parte:
 la luna en tus virolas;
 en tu cuchillo el sol que nace;
 en tu puñuelo al cuello, enjugada,
 la sangre.

Mía tu luz en la cara;
 mía tu esgrima en el aire;
 mío tu nùmen;
 mío tu arte.

Antes del encierro de la aguada,
 donde, entre juncos y ave,
 alguna vez te proyectó el ocaso,
 montado y con amante.

Antes del alambre con uñas,
 desgarrador de carnes.

Yo no tendría ahora
 este dolor cobarde.
 Dormiríamos juntos
 bajo la tierra madre.

II

¡Gaucho!
 gaucho que estás en todas partes;
 en la tierra,
 en los árboles,
 en toda pisada de caballo,
 en todo vuelo de ave...
 ¡Gaucho de la cruz del sur
 sobre la pampa grande!

Las piernas entre ramas,
 los ojos anhelantes,
 desmontados andamos
 de tu coraje,
 sin cuchillo, sin lazo,
 por amarillas calles.
 Viento ladrón de libertad y honra
 metido en los trigales.

¿Dónde la voz que diga ¡Por aquí!
 en nuestra amarga tarde;
 dónde la voz de valeroso rumbo,
 que nos enanque
 y el ala del sombrero
 otra vez nos levante?
 Fuerza que se ha alejado de nosotros,
 por el mañana, ¡hágase!

Vénganos otra vez,
 ¡oh, gaucho!, tu coraje.
 Vénganos tu conciencia del deber.
 Vénganos tu arranque.
 Tu cuchillo de fuego.
 Tu altivez. Tu donaire.
 Tu canto de jilguero.
 Tu baile.
 Tu corazón de niño,
 Tu ángel.
 ¡Vénganos sobre el campo,
 por el aire!

Carlo Tresca

Carlo Tresca nació el año 1879 en Sulmona, en los Abruzzos. Sulmona es una vieja ciudad de piedra enclavada dentro de un fértil valle cóncavo, en medio de las altas montañas que forman la espina dorsal de la península italiana. Ciudad de antiguas iglesias, calles empedradas irregularmente y grandes plazas desiguales, que durante los días de mercado se llenaban de campesinos, carretas y tiendas, además de asnos resonantes. Su tradición se perdía en el pasado romano. La calle principal tomaba su nombre de Ovidio, que allí había nacido. El acueducto era de arcos ojivales. Muchos de los gruesos muros de las casas eran de piedra desnuda y databan del siglo XIV. Los portales de las iglesias tenían piedras labradas en los comienzos del Renacimiento. En la primera mitad del siglo XIX Sulmona llegó a ser un centro bastante próspero de pequeñas industrias. Allí se fabricaban sombreros, cuerdas de violín y tejidos. Existían también algunas curtiembres. La región circundante a Sulmona era rica en vino, aceitunas y cereales. Las pastosas laderas estaban pobladas de rebaños de ovejas y en los robledales de la montaña se criaban cerdos.

Carlo era el sexto hijo de una familia pudiente. Se decía que en los años últimos era muy parecido a su padre, don Filippo. Su madre, doña Filomena, procedía de una familia de médicos, abogados y profesionales respetados en el lugar. Carlo se fue haciendo hombre a medida que la prosperidad de Sulmona disminuía. Los productos fabriles importados desplazaban del comercio a las pequeñas industrias domésticas. La ciudad se con-

virtió en una estación de empalme con su maestranza, sus talleres y una numerosa población de obreros ferroviarios. Cuanto poseía don Filippo en tierras y bienes lo había invertido en unos negocios desafortunados y así su familia se vino a menos.

La división de clases era inmensamente rígida en las viejas ciudades italianas. La gente acomodada usaba ropa negra del paño más fino, el cuello y los puños almidonados. Odiaba el trabajo manual y todo lo referente a él. Dos de los hermanos de Carlo consiguieron abrirse camino estudiando medicina y abogacía respectivamente. Pero Carlo era demasiado inquieto para atenerse al estricto cánón de la vida burguesa. Le dió por juntarse a los campesinos y a los obreros ferroviarios. Hasta se le vió comer y beber con ellos en tabernas y hosterías. Empezó a identificarse íntegramente con ellos. Leía a Marx y Kropotkin. Para sus familiares se hizo la oveja negra y preferida, indulgentemente apodado *il scapestrato*, cabeza de chorlito.

La organización económica y social de Italia era entonces todavía semifeudal. La liberación del país de manos de los Borbones no había traído la libertad soñada por los patriotas de mediados del siglo. En toda Europa los obreros ardían con las ideas de la Comuna de París. Los Borbones salieron, es cierto, de Italia; pero quedaba la Iglesia cerrando el camino a todo progreso. En los pueblos de lengua latina existía innata una lógica explosiva y directa, por eso nunca perdieron su primitiva fe cristiana en el milenio. La acción directa traería la revolución que a su vez permitiría a los obreros gozar libremente de los bienes del mundo. Carlo se hizo agitador socialista y secretario de la Unión de obreros ferroviarios, empezando por publicar un periódico llamado *I Germi* (La Simiente), la simiente de la revolución.

Impulsivo, ardiente, gustador de la buena mesa y de las flores y de cuanto anima la sangre de los hombres y mujeres, tenía una aptitud especial de jefe imprescindible, con un frío y agudo cerebro italiano del mejor tipo. Así se convirtió muy pronto en un peligro para el orden establecido. Tras de algunos choques con la autoridad se vió impelido a escapar hacia Suiza para no ser apresado. Contaba solamente veinticuatro años de edad,

La inmigración a América estaba en su apogeo. Era natural que Carlo fuera arrastrado en la marea junto con sus paisanos. Aquí aun seguía estando en Italia, en medio de una sociedad extraña y estimuladora. El emigrante se hallaba en las últimas filas; pero siempre conservaba la esperanza de alcanzar la prosperidad por sí mismo en vez de aguardarla mediante la revolución. Entre tanto, se imponía la necesidad de organizar a los obreros para mejorar las condiciones del trabajo. Carlo Tresca con su simpatía pronta para quienquiera que tuviese dificultades, con su odio apasionado por las restricciones a su persona o a los demás, con su amor al peligro, se convirtió en jefe natural de su pueblo en la lucha de clases. Era un tiempo de huelgas sangrientas, de asambleas populares, de largos y empeñosos procesos ante la justicia. Despreocupado del dinero y de la seguridad, acaudilló finalmente a los guerrilleros.

Al hacer esta guerra Carlo Tresca aprendió mucho acerca de los Estados Unidos. Verdad que no aprendió nunca el inglés correctamente; pero en cierto sentido se hizo americano. Hasta llegó a ver las ventajas de la ilógica observancia de la ley en los torcidos procedimientos leguleyos de nuestro peculiar tipo de evolución política. Durante los últimos diez años, en su gran lucha última contra los fascistas y comunistas, se hizo conservador en el más alto sentido de la palabra. Sus últimas campañas estaban destinadas a proteger la población italiana que tanto amaba del nuevo influjo de la brutal lógica europea. La gran revolución europea se había convertido en una inmensa guerra de pandillas.

Contra los jefes de tales pandillas que trataban de organizar a los italianos de América para la destrucción de nuestra forma de gobierno y de nuestra existencia como nación, Carlo Tresca mantenía una guerra despiadada y astuta. Como para muchos buenos generales su defensa era un ataque. Un día, [el 11 de Enero de 1943] cayó en una emboscada y fué asesinado. Creo que puede afirmarse verdaderamente que murió en defensa de América.

La Nueva Alemania

(THE NEXT GERMANY)

1.— En Noviembre de 1943, un grupo de refugiados alemanes antinacistas en Londres publicó un manifiesto con proporciones de libro, más de 140 páginas, cuyo título es el que encabeza estas líneas. (1)

Difiere este manifiesto de los documentos clásicos: pensamos en Marx y la Primera Internacional, en el trienio inicial de la Tercera y, por último, en Trotsky a partir de su oposición hasta fundar y poner en movimiento a la Cuarta Internacional. Toda esa literatura, programática y de agitación, presenta caracteres similares; su estilo combativo, rayano en la elocuencia tribunicia, es el indicado para sacudir el yugo de la inercia de las masas explotadas por sus amos o sus jefes reformistas.

El manifiesto que comentamos, al contrario, se distingue por su mesura. La indignación o el entusiasmo que pugnan por expresarse en muy contadas ocasiones, véanse contenidos por un afán de objetividad y equilibrio que desconcierta su poco e infunde la sospecha de algún relajamiento del temple revolucionario. Prescindiendo de este aspecto formal negativo, el documento mismo presenta un interés extraordinario por su manera de enfocar el papel que le incumbió al nacismo en Alemania y su índole psicológica, por el análisis de la correlación de fuerzas y, finalmente, por su concepto de una planificación económica basada en las necesidades del consumo (Bedarfswirtschaft) y realizada con la activa participación de las masas obreras y campesinas.

2.— La liquidación del nacismo ocupa la primera parte del libro. Según sus autores, esta obra debe emprenderla el propio pueblo alemán como primera etapa de su regeneración política y de su educación revolucionaria. Si las potencias victoriosas quisieran realizarla mediante las tropas de ocupación y a su manera, apoderándose del gobierno político, los resultados serían contraproducentes y desastrosos para el futuro de la paz en Euro-

(1) Penguin Books, New York.

pa y en el mundo. "Un gobierno semejante sería naturalmente 'indirecto', en el sentido de que las potencias extranjeras tendrían que buscar un títere o títeres que actuaran como cabezas formales del Gobierno. No dudamos que sería fácil encontrar tales títeres. Se encontrarían precisamente en los mismos círculos que ahora sostienen a Hitler. Hay Pétains y Darlans en todos los países, sin exceptuar Alemania, y no hay duda que existen corrientes fuertes y poderosas en el interior de las Naciones Unidas que preferirían un Schacht o un Papen, un Blomberg o un Brauchitsch, a sus adversarios socialistas alemanes". A estos nombres podríamos agregar ahora los de Badoglio, Bonomi y Ercole-Togliati en Italia; Papandreu, Plastiras y Damaskinos en Grecia.

¿Cuáles serían las consecuencias de un régimen político impuesto por la fuerza extraña? "Estos 'Darlans' figurones, con o sin corona, dejarían intacta la estructura social. Es de suponer que, para salvar su pellejo, arrojen a Hitler por la borda; pero nó que cometan un suicidio de clase. La paz alcanzada se limitaría, por lo tanto, sólo a curar síntomas y en realidad impediría la destrucción de las 'raíces del mal'." Por un proceso que sería fácil resumir en pocas palabras, la situación a que se llegaría finalmente guardaría una estrecha semejanza con la que se produjo a raíz de 1918, "una paz que no es paz, porque las fuerzas tradicionales del imperialismo alemán quedan dueñas del campo y en libertad para preparar nuevas agresiones".

Los autores del manifiesto, claro está, no mencionan el imperialismo británico, ni el imperialismo yanqui, menos aún el neo-imperialismo de la URSS. Por lo demás, no hace falta, pues la política reaccionaria de los 'Tres Grandes', en particular la de Churchill, está caracterizada con precisión en los temores, y cuán fundados por desgracia, que se expresan en los párrafos reproducidos.

3.—A la utopía de una solución 'democrática' con ayuda de las Naciones Unidas, el manifiesto, en uno de los contados acápiteos en que despunta fervor revolucionario, opone la "única solución que puede ofrecer seguridad, esto es, una transformación radical de la estructura política, económica y cultural de Alemania. Una transformación semejante no es un proceso pacífico —es una revolución". Esta perspectiva no amedrenta a los autores: "Nos damos perfecta cuenta de lo que esto significa, de los horrores y sufrimientos que entraña. Pero no acertamos a ver cómo algo que no sea la fuerza empleada por los propios alemanes pueda curar la dolencia actual de Alemania. Cuando el gran poeta alemán

Schiller, que fué un revolucionario y un humanista, escribió el drama revolucionario de su juventud, puso en la portada una máxima del clásico médico escritor Hipócrates: 'Quae medicamenta non sanat, ferrum sanat, quae ferrum non sanat, ignis sanat'. (Lo que no sana medicina, lo sana el fierro, y lo que el fierro no sana, lo sana el fuego)".

Todo eso está muy bien, salvo la referencia al 'revolucionario' Schiller. El afán emancipador del gran lírico y dramaturgo alemán no tiene otro origen que una reacción contra la estricta disciplina militar del establecimiento en que cursó sus estudios superiores y como protesta contra los obstáculos que encontraba la satisfacción de sus impulsos pasionales. Sus 'Bandidos' no son revolucionarios, en el sentido de hombres que poseen una clara visión de las condiciones sociales y de los medios para modificarlas; sólo luchan contra las formas de opresión social que se oponen al libre juego de los instintos sin sujeción a ley alguna. Este drama de juventud es un reflejo típico de esa *Freigeisterei der Leidenschaft* (libertinismo de las pasiones), título precisamente de una poesía de Schiller, que imprimió un sello peculiar a toda una corriente literaria romántica en Alemania. Se expresó en obras como *Los Hermanos* y *Stella* de Goethe, en *Siebenkas* de Jean Paul y en *Los Bandidos* de Schiller. En su drama *Don Carlos*, escrito en vísperas de la Revolución Francesa (1787), ya está muy atenuada esa corriente, pese al verso aquél "los derechos de mi amor son más antiguos que la fórmula ante el altar". Brandes, tan comprensivo y sagaz, anduvo errado en sus apreciaciones y es en parte responsable de que se haya perpetuado ese curioso equívoco del Schiller revolucionario. (2)

Amortiguados los fuegos eróticos juveniles, supo éste traducir las tendencias conservadoras fundamentales de la sociedad de su época en su célebre *Campana* (1799), cuyo epílogo escribió Goethe a raíz de la muerte de su amigo, seis años después. En dos certeros versos resume la evolución de Schiller: "Junto a nosotros, en puerto seguro, quiso adaptarse a lo perdurable tras borrascosas tormentas". (3) El genio supo aquí también distinguir y realzar los caracteres esenciales de la evolución de una personalidad.

Lo anterior no es una mera digresión literaria, es un medio para registrar un equívoco singular que surge a cada momento

(2) Corrientes principales de la literatura del siglo XIX, Berlín 1924, tomo I, pág. 189-92.

(3) *Er mocht sich bei uns, im sichern Port.
Nach wildem Sturm zum Dauernden gewöhnen.*

del programa de liquidación del nazismo y de regeneración esbozado para el pueblo alemán por los autores del libro-manifiesto: me refiero al papel que le asignan a las Naciones Unidas en esta empresa y a la insistencia en señalar los peligros que acechan la paz de Europa, de no seguir los Gobiernos de aquellas naciones la línea política justa y conveniente. En verdad, dejan traslucir sus dudas al respecto; pero esta posición no hace más que acentuar el equivoco. Los refugiados alemanes, por lo heterogéneo del grupo al cual pertenecen, no se han despojado aún de los últimos retazos del dudoso internacionalismo de la Segunda Internacional, cuyos representantes social-demócratas se han convertido en desertistas al servicio de las Naciones Unidas.

4.— Los capítulos 2.º, 3.º y 4.º, tratan del frente interno alemán, de las posibilidades revolucionarias y de la liquidación final del nazismo. El desarrollo de estos temas compele naturalmente a los autores a explicar la conversión al nazismo de las clases medias y de grandes sectores de la clase obrera.

Aquellas "habían perdido la base de su seguridad económica y de su propia confianza, como consecuencia de la destrucción de la moneda que aniquiló sus ahorros entre 1918 y 1923. Muchos de sus elementos ansiaban descubrir al que les infundiera un nuevo sentido de seguridad y superioridad. Gran parte del éxito de Hitler con su propaganda de la raza superior tiene su origen en este hecho. El orgullo racial se convirtió en un sustituto del orgullo de clase. Si el pequeño burgués ('little man') ya no podía considerar despectivamente al obrero, por lo menos podía sentirse superior a los checos, polacos y judíos. Si ya no podía confiar en sus ahorros para garantizarle a sus hijos un 'lugar' adecuado en la sociedad, encontraba en cambio un consuelo por sustitución en la gloria que Hitler le prometía a su clase y a la nación en conjunto".

La explicación es plausible, aunque incompleta, pues silencia las condiciones sociales y políticas, tanto internas como externas, que presidieron esta liquidación de los ahorros y el proceso moral subsiguiente tal como se operó en la conciencia de la clase media. Ni una palabra del papel reaccionario de la coalición social-demócrata-burguesa que entregó el poder a los sectores financiados por el gran capitalismo industrial, ni una palabra sobre la estrangulación económica del pueblo alemán por obra de las reparaciones estipuladas en el tratado de Versalles.

5.— Los autores se acercan más a la verdad cuando analizan el proceso de conversión de la clase obrera. Hacia 1930, a me-

dida que se agudizaba la crisis económica mundial que culminó con la gran depresión precursora del 'New Deal' y del nazismo, el problema fundamental de la clase obrera dejó de ser el salario y fué sustituido por el de la ocupación. El que se presentara como salvador y resultase capaz de crear empleo, adquiría con ello la posibilidad de destruir la conciencia de clase. Este fenómeno se observó tanto en los Estados Unidos como en Alemania, aunque en esta última se presentó con mayor intensidad y caracteres catastróficos para la clase obrera no bien asumió Hitler el poder. "La lucha contra la cesantía puede tener consecuencias sociales y políticas que la distinguen por completo de la lucha por mejores condiciones de trabajo. Esto se aplica en particular a los Estados totalitarios, donde no existen sindicatos independientes que pudieran negociar mejores condiciones cuando aumenta la demanda de mano de obra. La ocupación plena puede entonces lograrse sin el riesgo de debilitar el control de los patrones sobre sus obreros; parejamente, la seguridad económica resultante de la ocupación plena puede en estas condiciones utilizarse para encubrir los conflictos inherentes a una sociedad de clases. Suministra una base para una comunidad ficticia de intereses entre capitalistas y obreros —y Hitler aprovechó íntegramente esta oportunidad".

El proceso está descrito con exactitud; pero surge inevitable la pregunta: ¿Cómo llegó Hitler al poder? Es imposible contestarla sin examinar a fondo las premisas económicas, sociales y políticas y, en particular, la ausencia de dirección revolucionaria de las masas obreras. La traición de la social-democracia, la decapitación de los sectores revolucionarios con el asesinato de Rosa Luxemburg y Carlos Liebknecht, (4) la exclusión de los comunistas de izquierda de la Tercera Internacional, la dirección incompetente del Comintern casi desde sus comienzos en la lucha contra la marea reaccionaria, todo esto merecía por lo menos una breve referencia que hiciera resaltar la importancia del factor dirección. Al despreciarlo, se reincide en el error fatal que contribuyó en no pequeña parte a desencadenar el proceso de descomposición revolucionaria que arrojó a la clase obrera en brazos de sus verdugos.

6.— No nos compete apreciar las posibilidades revolucionarias. La falta de contactos, la censura estricta, impiden formarse una idea tan sólo aproximada del espíritu de resistencia que anima a la clase obrera de Alemania. Es posible que a la fecha del

(4) A raíz de este crimen, el *Vorwärts*, órgano del Partido Social-Demócrata, se dolía de que sus víctimas no hubieran sido ultimadas antes.

manifiesto, Noviembre de 1943, no presentara todavía un carácter de clase. Hoy ya no cabe dudar, pues a través de los países neutrales se han filtrado en repetidas ocasiones noticias acerca de huelgas en las zonas industriales más importantes. Es oportuno recordar que, durante la primera guerra mundial, no habían transcurrido dos años desde el comienzo de las hostilidades y ya iniciaban las masas obreras de Alemania sus manifestaciones callejeras organizadas. El 1.º de Mayo de 1916 se verificó en Berlín la manifestación durante la cual fué arrestado y reducido a prisión Liebknecht. Esto no se supo sino mucho después y por la prensa obrera. La prensa capitalista de todos los países sin excepción silenció este hecho que podía haber despertado un eco revolucionario en las clases obreras de los países en guerra y haber convertido la lucha fratricida en lucha general de los oprimidos contra los opresores.

Por lo tanto, no podemos menos que adherir a la opinión del manifiesto cuando afirma lo siguiente: "La clase de experiencia revolucionaria que los luchadores subterráneos en algunos de los países ocupados han adquirido a costa de grandes sacrificios, es familiar desde hace tiempo a los socialistas alemanes. No se dejan arrastrar fácilmente a prematuras acciones ante las bestialidades nazis perpetradas por un S. S. compuesto de aventureros brutales y especialmente adiestrados en todas las formas de la violencia. Han aprendido a dominarse ante las represalias que se abaten sobre familias enteras, los arrestos en masa de individuos inocentes, destinados a infundir pavor en el ánimo de los demás. Ni estos horrores han quebrantado el espíritu de resistencia, ni siquiera el espectáculo de los estadistas de las naciones civilizadas, dándose la mano con los jefes de aquel terror (subrayamos nosotros)".

7.— Después de un capítulo dedicado a las represalias necesarias para liquidar los focos de resistencia del nazismo una vez derrumbado el aparato militar tras la derrota o la rendición inevitables, los autores se esfuerzan por trazar las líneas directrices de la evolución hacia la democracia. El desgraciado experimento de la República de Weimar los pone en guardia contra las ilusiones de un falso democratismo:

"No perdemos de vista los peligros inherentes a la prematura edificación de un mecanismo democrático artificial, antes de haber borrado los resabios sociales y espirituales del antiguo régimen y antes de que la masa del pueblo haya pasado por los

primeros grados de un proceso de reeducación política, que debe ser el fundamento imprescindible del nuevo Estado. Toda revolución necesita ('is bound to') desarrollar formas dictatoriales de Gobierno y no vemos cómo podría ser de otra manera en el caso de la revolución alemana".

Hecha esta concesión a la dictadura revolucionaria, el manifiesto atenúa su efecto evocando el fantasma de la tendencia inherente a las dictaduras de transición de convertirse en instituciones permanentes. Se generaliza un caso particular, el de la URSS, sin dar razones valederas para ello. Rosa Luxemburg sabía por lo menos expresar sus previsiones en forma convincente, y sus observaciones sobre las formas de la dictadura y el terror bolcheviques son el punto de partida obligado de toda discusión seria acerca de la oposición dictadura-democracia. (5)

Sin embargo, adherimos al manifiesto en cuanto afirma el principio del soviétismo como regulador de la dictadura y baluarte contra los peligros de corrupción y degeneración burocráticas que se ciernen sobre el régimen dictatorial de un solo partido. Consecuentes, sus autores le asignan a los consejos obreros un papel importante. Por desgracia, no concretan su programa, y en vez de sacar todas las consecuencias económicas, políticas y culturales de un régimen estructurado desde abajo sobre el sólido fundamento de los consejos obreros, se limitan a proclamar su importancia, sin perjuicio de parangonarlos con el de instituciones subalternas o simples medidas de descentralización administrativa. Aquí también se revela insuficiencia teórica, y no deja de extrañar este vacío después de los estudios y experiencias concretas del movimiento de los consejos obreros en Alemania no bien se derrumbó el Segundo Imperio. ¿Será una concesión oportunista a las tendencias anti-soviéticas que lograron la exclusión del comunismo de izquierda, campeón de los consejos obreros, en vida todavía Lenin y con su visto bueno?

8.— Con mucho, el capítulo más interesante es el que se titula: 'Una nueva economía de consumidores'. Su importancia estriba en los nuevos conceptos de planificación. Podríamos afirmar, parodiando el Manifiesto Comunista, que un espectro recorre el mundo, el espectro de la planificación económica. El tema es de tal trascendencia por sus proyecciones sociales, que merece un

(5) Rosa Luxemburg, La Revolución Rusa, edición del Workers Age, New York 1940, especialmente los cuatro últimos capítulos: la cuestión del sufragio, el problema de la dictadura, la lucha contra la corrupción, democracia y dictadura.

estudio independiente. Sólo agregaremos que, en esta materia, hay dos principios que se excluyen: el de la planificación burocrática formal, y el de la planificación socialista con la participación activa de la clase obrera y campesina organizada económica y políticamente en los consejos obreros y campesinos. El primero caracteriza los esfuerzos tendientes a parchar el caduco régimen capitalista o a sostener castas burocráticas parasitarias; el segundo, expresa las tendencias a un régimen de libertad constructiva basado en la organización espontánea y consciente del trabajo y cuya norma es la plena satisfacción de las necesidades vitales de las masas productoras. O barbarie capitalista o socialismo, no hay término medio.

Ediciones del
FONDO DE CULTURA ECONOMICA
de México

ECONOMÍA Y SOCIEDAD.— <i>Max Weber, 2 tomos: 170 pesos</i>
PRINCIPIOS DE SOCIOLOGÍA.— <i>Ferdinand Tönnies, 45 pesos</i>
LA DIPLOMACIA DE LOS ESTADOS UNIDOS EN LA AMÉRICA LATINA.— <i>Samuel Flagg Bemis, 90 pesos</i>
LAS CULTURAS NEGRAS EN EL NUEVO MUNDO.— <i>Arthur Ramos, 55 pesos</i>
INTRODUCCIÓN A LA SOCIOLOGÍA.— <i>Adolfo Menzel, 35 pesos</i>
PAPEL SOCIAL DEL INTELLECTUAL.— <i>Florián Znaniecki, 30 pesos</i>
INTRODUCCIÓN A LA CRIMINOLOGÍA.— <i>W. A. Bonger, 45 pesos</i>
LOS FISIÓCRATAS.— <i>Henry Higgs, 25 pesos</i>
INTERVENCIÓN DEL ESTADO EN LA VIDA ECONÓMICA.— <i>Henry Laufenburger, 55 pesos</i>
PRINCIPIOS DE ECONOMÍA POLÍTICA.— <i>Jhon Stuart Mill, 175 pesos</i>
SALARIOS.— <i>Maurice Dobb, 27 pesos</i>
CURSO ELEMENTAL DE ECONOMÍA.— <i>H. M. Scott, 30 pesos</i>
TEORÍA GENERAL DEL INTERÉS, LA OCUPACIÓN Y EL DINERO.— <i>J. M. Keynes, 80 pesos</i>
COMERCIO INTERNACIONAL.— <i>P. T. Ellsworth. Dos Tomos: I — Teoría y II.—Política, 75 pesos los dos tomos</i>
BEHEMOTH (<i>Pensamiento y acción en el Nacional Socialismo</i>).— <i>Franz Neumann, 90 pesos</i>
SOCIOLOGÍA DE LA EDUCACIÓN.— <i>Fernando de Acevedo, 65 pesos</i>
PRIMEROS ENSAYOS.— <i>Augusto Comte, 55 pesos</i>
TUPAJ KATARI.— <i>Augusto Guzmán, 35 pesos</i>
DE LA CONQUISTA A LA INDEPENDENCIA.— <i>Mariano Picón Salas.—(con grabados), 35 pesos</i>
LETRAS MEXICANAS.— <i>Julio Jiménez Rueda, 35 pesos</i>
LETRAS COLOMBIANAS.— <i>B. Sanín Cano, 35 pesos</i>
LETRAS DE AMÉRICA.— <i>E. Diez Canedo, 55 pesos</i>

DE VENTA EN TODAS LAS LIBRERÍAS

Depósito:

LIBRERÍA MEXICO

Bandera 445

Santiago de Chile

NOVEDADES EDITORIALES

LOS LISPERGUER Y LA QUINTRA-LA, por B. Vieuña Mackenna. Nueva edición a cargo de Jaime Eyzaguirre, con capítulos y apéndices que no figuran en otras ediciones. \$ 30.—

SERVIDUMBRE HUMANA, por Somerset Maugham. La famosa novela en una nueva traducción. \$ 45.— Edición de lujo, cartonada. \$ 70.—

LOS HERMANOS KARAMAZOV, por F. Dostoyevski. La inmortal obra del genio de la novela moderna, en una cuidada edición. \$ 35.— De lujo, cartonada. \$ 80.—

LOS COLEGIALES, por Nicolás Garín. Bella obra que narra la vida en el colegio del muchacho que conocimos, niño, en «La Primavera de la Vida». Un volumen de Biblioteca Zig-Zag. \$ 8.—

EL FANTASMA DE CANTERVILLE, por Oscar Wilde. Interesante y humorística narración que ha dado motivo a una gran película de próximo estreno. Un volumen de Biblioteca Zig-Zag. \$ 8.—

HAMLET Y MACBETH, por W. Shakespeare. Edición con prólogo y notas. Un volumen doble de Biblioteca Zig-Zag. \$ 15.—

NINON-ROSE, por Guy Wirta. Un tomo de la colección «Mi libro». Rústica: \$ 12.— Empastado: \$ 25.—

ALICIA EN EL PAIS DE LAS MARAVILLAS, por Lewis Carroll. Un volumen de Biblioteca Infantil, en el cual la narración fantástica adquiere un delicioso encanto. Rústica: \$ 15.— Empastado: \$ 30.—

PARED POR MEDIO, por Florencia Barclay. Una novela preferida de las mujeres. Colección «Mi libro». \$ 15.—

MI QUERIDO ENEMIGO, por Jean Webster. De la colección «Mi libro» la biblioteca de la mujer. \$ 10.— Empastado: \$ 25.—

LECTURAS CHILENAS, por Roque Esteban Scarpa. Trozos selectos de los mejores escritores y poetas de Chile, desde la época colonial hasta nuestros días. \$ 40.— Empastado: \$ 60.—

LA GUERRA CON LAS SALAMANDRAS, por Karel Capek. Novela que ha merecido ser clasificada como el Libro del Mes por el Pen Club de Chile. \$ 50.—

AVENIDA SAN JUAN 128, por Gregorio Amunátegui Jordán. Hermosa novela con la que hace sus primeras armas literarias el conocido político. \$ 40.—

LA BUENA TIERRA, por Pearl Buck. En una delicada belleza de imágenes y estilo esta obra nos muestra el espíritu de la China milenaria. \$ 30.—

CANCION DE NAVIDAD, por Charles Dickens. Un dulce y emotivo relato de incomparable hermosura. Rústica: \$ 12.— Empastado: \$ 28.—

*En todas las buenas librerías. Para Chile remitimos
contra reembolso sin gastos de franqueo para el comprador.*

EMPRESA EDITORA ZIG-ZAG, S.A.

Casilla 84-D

Santiago de Chile